PLOTINO (122312)

1. Plotino. Vida y avatares

A mediados del siglo III d. C., explosionaron varios movimientos filosóficos de inspiración genuinamente griega, especialmente el platonismo, pujante movimiento, que, iniciándose en Alejandría, se expande a todos los importantes centros intelectuales greco-romanos, como Roma, Atenas, Antioquía, Pérgamo, etc. El neoplatonismo, en Roma, está representado, fundamentalmente, por Plotino. Porfirio, su discípulo, y el emperador Juliano utilizaron la filosofía de Plotino como arma contra el cristianismo, pero los cristianos lo utilizaron como el fundamento teórico de su religión. No deseo terciar en la polémica; sólo remito al inteligente lector, que formará su propia opinión, a la Vida de Plotino de Porfirio, que hemos publicado en esta misma colección (n.° 64).

Plotino fue un neoplatónico, que tendió el arco de su vida entre 205 y 270; nació en Lycópolis, en Egipto, pero era, sin lugar a dudas, ciudadano romano. Su formación, su cultura y su cosmovisión son helénicas, y su lengua, el griego. A los veintiocho años se interesó por la filosofía e ingresó en la escuela de Ammonio Sakkas (en el año 232); en ella permanece diez años, hasta 242; este año se unió a la expedición de Gordiano III contra los persas, con la finalidad de conocer la filosofía oriental. Gordiano fue derrotado por Sapor; Plotino escapó y llegó a Roma (año 244), donde abrió escuela. Asistían alumnos famosos: Porfirio, Eustoquio, Amelio, el pretor Rogaciano, así como el emperador Galieno y su mujer. Era Plotino un hombre austero, amable, sabio, elocuente, cualidades que le granjearon enorme estima en Roma. Muchos romanos acudían a él como director de conciencia. Propuso al emperador la fundación de una ciudad de filósofos, calcada sobre las ideas de la República de Platón; tal ciudad debería llamarse Platonópolis (es decir, la ciudad de Platón); el emperador decidió (con grandísimo acierto) que era una mala idea, y no se llevó a cabo.

2. Su obra

En el 255, contando Plotino cincuenta años de edad, y enfermo de los ojos, comenzó a dictar sus doctrinas, que fueron organizadas y ordenadas por Porfirio en seis secciones, cada una compuesta por «nueve» tratados (de ahí el nombre Enéadas). Son conferencias sobre muy distintos temas, que Porfirio recogió, ordenó y escribió. El tema de fondo unitario son las doctrinas de Platón y su interpretación. El contenido total y completo es como sigue:

Enéada I: sobre el animal y el hombre, y su distinción; sobre las virtudes; sobre la dialéctica; sobre la felicidad; sobre la Belleza; sobre el primer bien y

los otros bienes; sobre el origen del mal y sobre el suicidio. Enéada II: sobre el cosmos; sobre la rotación celeste; sobre la posible influencia en los nombres de los astros; sobre la materia; sobre la potencia y el acto; sobre la cualidad y la forma; sobre el demiurgo. Enéada III: sobre la fatalidad; sobre la providencia; sobre el amor; sobre la eternidad y el tiempo; sobre la naturaleza; sobre la contemplación y sobre el Uno. Enéada IV: sobre la esencia del alma; problemas acerca del alma; sobre la percepción y la memoria; sobre la inmortalidad del alma. Enéada V: sobre las tres Hipóstasis principales; sobre la Inteligencia, el Bien, el Uno, las Ideas y el Ser. Enéada VI. sobre los géneros del ser; sobre los números; sobre el Bien y el Uno.

3. **Su talante y su doctrina. Platón y Plotino**

Plotino, como buen platónico, es un místico. Así, en Enéada IV, 8, I, dice de sí mismo:
"Muchas veces me despierto escapándome de mi cuerpo; extraño a toda otra cosa, en la intimidad de mí mismo, veo una belleza maravillosa. Yo estoy convencido, sobre todo entonces, de que tengo un destino superior; mi actividad es el grado más alto de la vida; yo estoy unido al ser divino, y me fijo en él por encima de los demás seres inteligibles".

Plotino es un epígono del gran Platón y de su filosofía, aunque adaptándola a su época, a su manera de pensar, a su expresión.

Platón había afirmado que existían dos mundos, el más imperfecto de la materia, y el más perfecto de las Ideas; no todas las Ideas son iguales, sino que existe una graduación, siendo la Idea más perfecta el Bien, que es la Super-Idea que hace que todas las Ideas sean idénticas a sí mismas. El mundo humano-material es imagen degradada del mundo de las Ideas; el mundo humano-material participa de las Ideas, en tanto en cuanto que exhibe algo de ellas o las Ideas se manifiestan, en la medida de lo posible, en lo material. Ejemplo: una estatua material es bella, en tanto en cuanto exhibe la Idea de Belleza, que es Proporcionalidad, Equilibrio y Armonía.

Tomando la filosofía platónica mencionada, pero también la aristotélica de la potencia y el acto (es decir, hay ser-en-potencia y ser-en-acto, siendo éste más perfecto, por ser el desarrollo, el acabamiento, el fin), Plotino afirma: Existe el Uno-en-Sí, que es lo previo, la negación de la multiplicidad; el Uno-en-Sí es trascendente, es el Bien y está por encima de todas las cosas, pero hace que todas las cosas son lo que son, porque el Uno-Bien les confiere su esencia, su identidad, su mismidad; del Uno-Bien se derivan todas las cosas (emanan de él); el proceso de emanación es degradativo, en el siguiente sentido: el Uno es lo perfecto y le compete difundirse (emanar) y ser productivo; sin embargo, lo producido es más imperfecto (es evidente que Plotino opera con modelos

artesanales y biológicos), pero la materia intenta asemejarse, en la medida de lo posible, a lo perfecto que es el Uno.

4. Coda

La obra de Plotino es un intento de explicar la constitución del universo, tal y como hizo Platón. Editamos en este volumen la obra de Plotino publicada por la Editorial Gredos, a saber, las Enéadas I y II, pero recomendamos vivamente al lector que complete estas Enéadas con la lectura de la Vida de Plotino, por Porfirio (vol. 64 de la presente colección).

–("Diccionario Enciclopédico Quillet"). Plotino.
205-270. filósofo griego n. en Licópolis (Egipto).
Es el principal representante de la escuela neoplatónica y su sistema es el último, cronológicamente, de la filosofía clásica.
La función esencial de la filosofía es, según Plotino, la ascensión del alma desde el mundo sensible a una realidad inteligible, el Uno, que es el principio de que emana toda realidad. De ese modo, la filosofía cumple un regreso al Uno, del que han emanado la inteligencia, el alma y las cosas. Las últimas palabras que, según su biógrafo Porfirio, habría pronunciado Plotino fueron: "Me esfuerzo por conseguir que lo que hay en mí de divino se eleve a lo que hay de divino en el universo". Esa posibilidad, expresada en la fórmula "vuelo del uno hacia el Uno", es la que la filosofía ha de intentar realizar. Se trata de "una facultad que todo el mundo posee, pero que pocos emplean". En esa unión, lograda mediante un trance que tiene las características del éxtasis místico, el alma se convierte en "luz verdadera e inconmensurable". No se trata de un simple proceso lógico, sino de una contemplación imposible de traducir en palabras. Plotino declara expresamente que lo Uno escapa a toda posibilidad de traducción conceptual. Y al referirse a él, se vale de fórmulas paradojales: "el pensamiento, retrayéndose de todas las cosas y recogiéndose en su intimidad, y no viendo ya nada, ve la luz, no como ésta

se refleja en las cosas, sino la luz en la luz misma, pura y resplandeciente, y ésta se halla presente aun antes de que surja el pensamiento". Quien ve al Uno "no puede siquiera decir: Es así; y tampoco puede decir: No es así".

Aunque inspirándose en algunos intentos anteriores, Plotino es quien inicia en el mundo occidental la teología negativa, que declara a la realidad última de lo Uno absolutamente heterogénea con respecto a todas las cosas, y, por ende, de naturaleza inexpresable. Combate además las concepciones aristotélicas según las cuales la realidad última es pensamiento que se piensa a sí mismo. Realidad suficiente, el uno es demasiado grande para pensarse, conocerse y tener conciencia: es la unidad absoluta, que se basta a sí misma sin necesitar ninguna diferencia ni distingo: nada pide a ningún otro ser, en tanto que todos los seres aspiran a él. Su pensamiento está contenido en las "Enéadas", ordenadas y publicadas posteriormente por su discípulo Porfirio.

(HISPANOAMERICANO)

Plotino. filósofo griego, jefe de la escuela filosófica neoplatónica. N. en Licópolis, en Egipto, en 205 después de Jesucristo. M. en Campania en 270. Los detalles de su vida son poco conocidos. Sólo sabemos que a los veintiocho años sintió Plotino un vivo deseo de estudiar la filosofía, y oyó las lecciones de Ammonio Saccas, con el cual vivió once años. Quiso en seguida conocer la filosofía de los persas y de los indios, y marchó con Gordiano a Persia. Habiendo perecido aquel emperador en Mesopotamia, Plotino se encaminó a Antioquía, y al año siguiente a Roma, donde fijó su residencia. Allí enseñó con extraordinario buen éxito y contó numerosos discípulos, uno de ellos Porfirio. A la sazón no pasaba de los cincuenta años, y gozaba de tanta consideración y de tanto crédito, que estuvo a punto de obtener del emperador Galiano la reedificación, en la Campania, de una ciudad en la que Plotino quería aplicar las leyes de la "República" de Platón, y que se hubiera llamado Platonópolis. Profundo conocedor de las ciencias exactas, Geometría, Aritmética, Mecánica, y Música, cultivó también la Astronomía y Astrología, que dejó después de haberse conven- [illegible] predicciones. Era un pensador ori-

3

(HISPANOAMERICANO)

122312

Plotino. filósofo griego, jefe de la escuela filosófica neoplatónica. N. en Licópolis, en Egipto, en 205 después de Jesucristo. M. en Campania en 270. Los detalles de su vida son poco conocidos. Sólo sabemos que a los veintiocho años sintió Plotino un vivo deseo de estudiar la filosofía, y oyó las lecciones de Ammonio Saccas, con el cual vivió [once] años. Quiso en seguida conocer la filosofía de los persas y de los indios, y marchó con Gordiano a Persia. Habiendo perecido aquel emperador en Mesopotamia, Plotino se encaminó a Antioquía, y al año siguiente a Roma, donde fijó su residencia. Allí enseñó con extraordinario buen éxito y contó numerosos discípulos, uno de ellos Porfirio. A la sazón no pasaba de los cincuenta años, y gozaba de tanta consideración y de tanto crédito, que estuvo a punto de obtener del emperador Galiano la reedificación, en la Campania, de una ciudad en la que Plotino quería aplicar las leyes de la "República" de Platón, y que se hubiera llamado Platonópolis". Profundo conocedor de las ciencias exactas, Geometría, Aritmética, Mecánica, y Música, cultivó también la Astronomía y Astrología, que dejó después de haberse convencido de la vanidad de sus predicciones. Era un pensador original y profundo, de gran fecundidad de espíritu y por extremo
[illegible] diez años, en-

cido de la vanidad de sus predica... ginal y profundo, de gran fecundidad de espíritu y por extremo elocuente. Después de haber enseñado durante diez años, empezó a escribir! Dejó 54 tratados, redactados de una manera poco metódica, pero que ofrecen una exposición llena de brillantez, de vida y de riqueza. Porfirio los recogió después de la muerte de su maestro, y los publicó en 54 libros, divididos en seis "enneadas" o novenas. Éstas y las obras de Proclo son el gran monumento de la escuela de Alejandría. El sistema de Plotino es el "eclecticismo", pero un eclecticismo en que domina un elemento principal, que tan pronto se inclina al misticismo como al panteísmo. La filosofía de Platón es el idealismo y su método la dialéctica, puesto que la dialéctica es el movimiento de la razón que, partiendo de lo sensible y de lo múltiple, se eleva gradualmente a las ideas, y de las ideas a Dios, soberano bien. Plotino sigue

también esta marcha ascendente; pero lejos de detenerse en el último grado en que reposa la razón ante la idea de un ser infinitamente perfecto, inteligente, bueno y activo, concibe más allá una unidad en que se borra toda división y toda multiplicidad, y por consecuencia sin atributos, unidad que corresponde a la noción abstracta de sér. Este ser, inaccesible a la razón, es la unidad absoluta, no bastando, por lo tanto, ni la dialéctica ni la razón para llegar a él, y necesitándose otro procedimiento que contradice la razón y la completa para ~~llegar~~ lograr este fin, a saber: el éxtasis. Así como por encima de la inteligencia y de la actividad ~~[illegible]~~ está el sér, por encima de la razón y de la contemplación está el éxtasis. Tal es la marcha ~~d~~ del misticismo en general; pero el de la escuela de Alejandría, y sobre todo el de Plotino, tiene una particularidad: lejos ~~desdeñar~~ de desdeñar la creencia y la razón, las declara necesarias para preparar la más alta fruición del espíritu, el éxtasis. De este modo se llega al éxtasis por la voluntad y el amor. La virtud, que es activa, y la plegaria, que es una aspiración, conducen a este estado definitivo en que el alma se une a Dios. ~~Los~~

El tratado sobre la diferencia entre las doctrinas de Aristóteles y de Platón, Περὶ ὧν Ἀριστοτέλης πρὸς Πλάτωνα διαφέρεται, compuesto en Florencia, fue impreso en griego (1541) y en latín (1574). Este tratado fue completado por el autor, al trasladarse de Florencia a Mistra, con tres libros, Νόμων συγγραφή *(Código de las Leyes)*, en los que daba los fundamentos de su renovación religiosa del paganismo. El primero de estos tres libros era un Περὶ εἱμαρμένης *(Sobre el destino)* o compendio de los principios de Zoroastro y Platón; fue publicado en griego (1722) y en latín (1824). Su Περὶ ἀρετῶν *(De las virtudes)* se publicó en trad. latina en 1552. Edición de obras en Migne, *P. G.* CLX.

Véase: W. Gass, *Gennadius und Pletho*, 1844. — Fritz Schultze, *G. G. Plethon*, 1871. — J. W. Taylor, *Plethon's Criticism of Plato and Aristotle*, 1921. — F. Massai, *Pléthon et le platonisme de Mistra*, 1956.

PLOTINO (205-270), nac. en Licópolis (Egipto). Según cuenta su discípulo y biógrafo Porfirio, fue llevado a la filosofía por Ammonio Saccas, que profesaba en Alejandría y que tuvo como discípulos, no sólo a Plotino, sino a Herennio y Orígenes (el neoplatónico, no el cristiano). Tras once años de estudios en la escuela de Ammonio se dirigió hacia Siria y Persia con el ejército del emperador Gordiano, pero al retirarse éste se refugió en Antioquía, de donde pasó hacia 245 a Roma. En la capital del Imperio fundó su propia escuela, en la que profesó casi hasta el fin de su vida, escribiendo sólo en fecha muy tardía los cincuenta y cuatro tratados, recopilados por Porfirio en seis *Eneadas* o *novenas*, por contener nueve tratados cada una. Los discípulos inmediatos de Plotino, aparte Porfirio, fueron, entre otros, Amelio de Etruria, el médico alejandrino Eustoquio, que cuidó al maestro en el momento de su solitaria muerte, el poeta Zótico, el médico Zeto, de origen árabe, y algunos senadores, llegando su influencia hasta los propios miembros de la Casa imperial. Tal confluencia de discípulos de los lugares más diversos, aunque todos ellos de las clases más elevadas, era algo característico de la filosofía de este período, en el mismo sentido en que lo era el cosmopolitismo aristocrático del estoicismo imperial. Las enseñanzas de Plotino no se desenvolvieron, por otro lado, sin las más violentas controversias; a la entusiasta aceptación por parte de sus discípulos se yuxtaponían las críticas y las quejas procedentes sobre todo de los platónicos de Atenas, que acusaban a Plotino de arbitrario y de plagiario y que le echaban en cara el imitar sin más las doctrinas de Numenio de Apamea, que por algunos (por ejemplo, K. S. Guthrie) es considerado como el verdadero padre del neoplatonismo. Contra semejantes acusaciones se defendieron sus discípulos, en particular Porfirio y no menos Amelio, quien redactó un tratado *Sobre la diferencia entre el sistema de Plotino y el de Numenio*. De tales luchas no estuvo exenta la escuela en la misma Roma, y de ello da fe, entre otros hechos, la discusión entre el citado Amelio y Longino, que tuvo durante un tiempo a Amelio y Porfirio como discípulos en su propia escuela. La filosofía de Plotino no queda, empero, agotada con la indicación de que es el fundador del neoplatonismo (VÉASE). En rigor, más que a Plotino mismo conviene este nombre a cualquier otra de las tendencias que florecieron contemporáneamente, no sólo porque la notoria originalidad de Plotino hace insuficiente tal denominación, sino porque más que una síntesis y renovación del platonismo hay en Plotino una síntesis, una renovación y una recapitulación de la historia entera de la filosofía griega. Esta recapitulación fue llevada a cabo, por lo pronto, en forma triple: con la especulación sobre lo Uno, con la meditación sobre la participación y sobre las naturalezas inteligibles y su relación con las sensibles, y con el examen de la idea de emanación. La unidad es para Plotino expresión de la perfección y de la realidad: «todos los seres —dice—, tanto los primeros como aquellos que reciben tal nombre, son seres sólo en virtud de su unidad». La unidad del ser es su último fundamento, lo que constituye su realidad verdadera y a la vez lo que puede fundar las realidades que a ella se sobreponen. De ahí que todo ser diverso tenga como principio y fundamento, como modelo al cual aspira, una unidad superior, de modo análogo a como el cuerpo tiene su unidad superior en el alma. La unidad es, ante todo, un principio de perfección y de realidad superior, si no la perfección y la realidad misma, pues lo Uno no debe concebirse exclusivamente como una expresión numérica, sino como una esencia supremamente existente, como el divino principio del ser. Ahora bien, si lo Uno es el principio, no es la realidad única, aun cuando sea lo único que pueda llamarse con toda propiedad real y absoluto. Lo Uno no es lo único, porque funda justamente la diversidad, aquello que de él

emana como pueden emanar de lo real la sombra y el reflejo, los seres cuya forma de existencia no es la eterna permanencia en lo alto, recogiendo en su ser toda existencia, sino la caída, la distensión de la primitiva, perfecta y originaria tensión de la realidad suma. Pues lo Uno vive, por así decirlo, en absoluta y completa tensión, recogido sobre sí mismo y recogiendo con él a la realidad restante. El doble movimiento de procesión y conversión, de despliegue y recogimiento, es la consecuencia de esa posición de toda realidad desde el momento en que se presenta la Unidad suprema y, en el polo opuesto, la nada: la perfección engendra por su propia naturaleza lo semejante, la copia y el reflejo, que subsisten gracias a estar vueltos contemplativamente hacia su modelo originario. Sólo en este sentido puede decirse, pues, que la suprema Unidad contiene potencialmente lo diverso, pues lo Uno no es la unidad de todas las potencias, sino la realidad que las contiene a todas en cuanto potencias. Lo Uno es pues, fundamento de todo ser, realidad absoluta y, a la vez, absoluta perfección. Lo diverso no está relacionado con lo Uno al modo como la forma aristotélica insufla su realidad a la materia, porque lo Uno es substancia en cuanto entidad que nada necesita para existir, excepto ella misma. Lo diverso nace, por consiguiente, a causa de una superabundancia de lo Uno, como la luz se derrama sin propio sacrificio de sí misma. Esta relación de lo Uno con lo diverso es, propiamente hablando, una emanación (VÉASE) en la cual lo emanado tiende constantemente a mantenerse igual a su modelo, a identificarse con él, como el mundo sensible tiende a realizar en sí mismo los modelos originarios y perfectos de las ideas. De lo Uno, de esa unidad suma, desbordante e indefinible, nace por emanación la segunda hipóstasis, lo Inteligible. Éste no es ya la absoluta indiferenciación que caracteriza lo Uno, la unicidad absoluta anterior a todo ser, sino el Ser mismo o, como dice Plotino, la Inteligencia (*nous*). La identificación del Ser inteligible con la Inteligencia es la identificación del ser con el pensar, la racionalización completa del ente. Lo Uno contempla lo Inteligible, el cual es, a su vez, producto de esta misma contemplación. Por emanación de lo Inteligible surge la tercera hipóstasis, el Alma del Mundo (VÉASE), división de lo Inteligible y principio de formación del mundo sensible, el cual es, por lo tanto, visión del alma, producto de su contemplación y realización de su potencial variedad. El Alma anima y unifica todo ser; le hace partícipe, en la medida de su facultad, de la libertad que solamente lo Uno posee de un modo absoluto, pues únicamente lo Uno es libertad real y completa autarquía. En un grado inferior de esta serie de emanaciones se encuentra la materia sensible, que, a diferencia de la materia (VÉASE) inteligible, puede ser equiparada con lo indeterminado por principio, con el receptáculo vacío, con la sombra y el no ser. La pura materia sensible es, además, el mal (VÉASE), el reverso metafísico de la medalla en cuyo anverso brilla eternamente lo Uno perfecto y absolutamente bueno. Perturbación del sumo Orden, el mal o la materia enteramente sensible son a la vez los principios de la absoluta multiplicidad y dispersión. Ello no significa que todo lo sensible sea por sí mismo absolutamente malo; aunque inspirado por el deseo de unidad y de recogimiento en sí mismo, el universo descrito por Plotino no produce, como el propio filósofo se complace en decir, un sonido único. Es una armonía regida por la unidad y por la aspiración a convertirlo todo en ella, esto es, por el deseo que tiene toda realidad de verse y contemplarse en cada unidad superior y, en último término, en la Unidad suprema. Por eso Plotino llega a «justificar» los males efectivamente existentes en este mundo en tanto que componen la armónica totalidad del universo. Sólo el mal absoluto y pretendidamente autónomo queda fuera de su cuadro, precisamente porque semejante mal es un puro no ser.

La misión del filósofo no es, así, tanto aniquilar lo sensible como vivir en él como si estuviera de continuo orientado hacia lo inteligible. El norte de la vida del sabio es el «más allá» donde reina lo Uno e irradia su realidad sobre el resto del universo. La realidad corporal y de aquí abajo no queda propiamente suprimida, sino transfigurada. Para conseguirlo en toda su plenitud, el sabio tiene que huir de toda dispersión y evitar confundir lo que no es más que semirreal con la plena realidad. Lo mismo que el tiempo debe concebirse como recogido en la eternidad (VÉASE), el cuerpo y lo sensible deben contemplarse como residiendo en lo inteligible, atraídos por él y modificados por él. De este modo lo sensible y lo temporal, que por sí mismos son perturbaciones del bien y del orden, pueden manifestarse como bellos y ordenados. Más todavía: lo sensible podrá ser instrumento por medio del cual se alcance lo inteligible y, con ello, esa felicidad completa que sólo es dada al sabio que sabe cómo retirarse y «dónde» retirarse. La propia razón discursiva no debe ser desdeñada: tiene que ser hábilmente utilizada, pues a través de ella puede llegarse a la intuición intelectual de lo que es (y es uno), a la contemplación pura y al éxtasis.

Emanación de las hipóstasis, procesión (VÉASE) de las mismas y conversión en lo Uno son, por lo tanto, los conceptos capitales de la filosofía plotiniana. Sin ellos es imposible comprender por qué el sabio debe trascender siempre sus propias limitaciones y en vez de recogerse egoístamente en sí mismo orientarse hacia el orden eterno del universo. Ahora bien, la purificación (conseguida casi siempre por el constante ejercicio de la intuición intelectual) es para ello un elemento indispensable. Al purificarse, el alma asciende por la escalera que conduce hacia la unidad suprema: el punto de vista del ser (del ser eterno y uno) acaba por predominar sobre todos los demás, sobre el desorden, la génesis, la dispersión y el tiempo. Todo lo que no sea contemplación resulta, así, una debilitación de ella, una mera sombra. Imitadora de los dioses en la tierra, el alma del sabio (del sabio neoplatónico) consigue por la purificación y la contemplación ser lo que realmente es: el reflejo exacto y fiel de la razón universal.

La primera edición de Plotino fue la traducción latina de Marsilio Ficino (Florencia, 1492; reimpresa en 1540 y 1599). En griego y latín aparecieron las *Eneadas* en Basilea (1580 y 1615). Edición griega con la traducción de Ficino por D. Wyttenbach, G. H. Moser y F. Creuzer (Oxford, 1835), y por Creuzer y Moser (París, 1855). Entre las ediciones más recientes figuran la de Bréhier (7 vols., 1924-1938), considerada hoy como filológicamente poco segura; las de V. Cilento (vol. I, *Enn.* i-ii, vol. II, Parte 1, *Enn.* i-iv, 1949; vol. III, Parte 2, *Enn.* v-vi y con una bibliografía por B. Mariën, 1949, y vol. III, Parte I, *Enn.* v-vi, 1949) y G. Faggin (*Enn.* I, 1947; II-III, 1948), con texto y aparato crítico muy mejorados. La edición definitiva es la de Paul Henry y Hans-Rudolf Schwyzer, *Opera*, I [*Porphyrii Vita Plotini: Enn.*, I-III], 1951; II [*Enn.*, IV-V], 1959; III [*Enn.*, VI, Addenda ad I-II, Indices], 1973.

Además de la traducción de Bréhier, existen al francés traducciones de M. N. Bouillet (1857-61, reimp., 1968) y Abbé Alta (1924-1926). Traducciones alemanas de H. F. Müller (1878-1880) y de R. Harder (1930-1937), esta última estimada como de consulta indispensable. Hay traducción inglesa de Mackenna. En español ha comenzado a publicarse una traducción de D. García Bacca (I, 1948), antecedida por un tomo aparte: *Introducción general a las Eneadas*, 1948. Los comentarios de García Bacca, añadidos a las notas de Bréhier a su edición, a las de Harder y a los comentarios de Cilento y de Giuseppe Faggin (quien, además, ha dedicado un tomo a Plotino, 1945), constituyen, con los trabajos de P. Henry, C. Carbonara y E. R. Dodds (Cfr. *infra*), la mejor introducción al estado presente de las investigaciones plotinianas.

Bibliografía: Bert Mariën, *Bibliografia critica degli studi Plotiniani*, 1949.

Obras sobre Plotino: C. H. Kirchner: *Die Philosophie des Plotin*, 1854. — M. N. Bouillet, *Les Ennéades de Plotin*, 3 vols., 1857. — Emil Brenning, *Die Lehre vom Schönen bei Plotin, in Zusammenhange seines Systems dargestellt. Ein Beitrag zur Geschichte der Aesthetik*, 1864. — Arthur Richter, *Neuplatonische Studien* (1. *Ueber Leben und Geistesentwicklung des Plotin*; 2. *Plotins Lehre vom Sein und die metaphysische Grundlage seiner Philosophie*; 3. *Die Theologie und Physik des Plotin*; 4. *Die Psychologie des Plotin*; 5. *Die Ethik des Plotin*), 1864-1867. — H. F. Müller, *Ethices Plotinis lineamenta*, 1867 (Dis.) (otros trabajos del mismo autor, especialmente en *Philosophische Monatshefte*). — A. Matinée, *Platon et Plotin*, 1879. — Hugo von Kleist, *Plotinische Studien*. I. *Studien zur 4 Enneade*, 1833 (no se publicaron más volúmenes) (otros trabajos del mismo autor sobre Plotino en varias revistas). — M. Besobrasof, *Ueber Plotins Glückseligkeitslehre*, 1887. — L. Pisynos, *Die Tugendlehre des Plotins mit besonderer Berücksichtigung der Begriffe des Bösen und der Katharsis*, 1895 (Dis.). — F. Picavet, *Plotin et les mystères d'Eleusis*, 1903. — Karl Horst, *Plotins Aesthetik. Vorstudien zu einer Neuuntersuchung*, I, 1905. — K. Alvermann, *Die Lehre Plotins von der Allgegenwart des Göttlichen*, 1905 (Dis.). — Arthur Drews, *Plotin und der Untergang der antiken Weltanschauung*, 1907. — H. A. Overstreet, *The Dialectics of Plotinus*, 1909. — K. S. Guthrie, *Plotinus: His Life, Times and Philosophy*, 1909. — F. Lettich, *Della sensazione e pensiero nella filosofia di Plotino*, 1911. — C. Dreas, *Die Usia bei Plotin*, 191[illegible] (Dis.). — B. A. G. Fuller, *The Problem of Evil in Plotinus*, 1912. — H. F. Müller, «Plotinische Studien», *Hermes*, 48 (1913), 408-25; 49 (1914), 70-89; 51 (1916), 97-119. — W. R.

— ("Nea-apo-kalypsis", Julio Enrique Blanco).
...para culminar finalmente en lo que iba más allá de lo poético y musical, induciendo como habían inducido a abstracciones filosóficas y metafísicas cuales aquellas más sublimes que yo podía rastrear en Pitágoras, Platón, Aristóteles, los Estoicos y hasta los Epicúreos. Más propiamente hasta Plotino, el prototipo sintetizante de todos ellos como paradigmas de la esencia de lo bello concentrada en arquetipos de embelesos inefables. (...)
(...) así fueron las obras de Pitágoras, de Platón, de Aristóteles, de los Estoicos, de los Epicúreos y de Plotino, filósofos todos que por su metafísica fueron también los místicos más elevados del pensamiento humano que razona hasta elevarse a lo sobrehumano... ¿Qué entonces? fue análogamente lo que en la historia humana ocurrió para que se asimilara e integrara, después de asumirse por el evangelista Juan y por el apóstol Pablo, en la corriente de los más grandes padres de la Iglesia Cristiana, a través de Plotino, el continuador más acendrado de la mística de Platón. Pues recuerda lo que escribió Agustín de Tagaste: que Plotino se asemejó en ello a Platón tanto, que se le podía y debía estimar como su reencarnación (...) Plotino hubo de discurrir en sus primeras tentativas místicas —tocatas a su manera, hablando figurativamente— para avanzar —sonatas a su modo— y proseguir en sus ulteriores composiciones —preludios en su forma— a fin de poder conducirse en ascenso a los encumbramientos donde su consciencia había de anegarse para extasiarse en el embeleso de lo esencialmente bello en sí mismo como clave,

o llave, para entrar en la Nada. Así, en efecto, cual tipo o individuo humano en la anagoge infinita al Bien Supremo, en fugas también a su manera, para la contemplación extásica que, teúrgicamente, convertía a lo humano en lo divino. Esto como meta o designio, destino último de la existencia humana que así venía a encontrarse por el licopolitano, como antes por el ateniense y después por el tagastino, en su esencia misma: el entusiasmo que convertía revertiendo ~~esencia misma~~ —pues tal es el significado de esta palabra griega, entheon— la existencia humana en la existencia divina. Clímax, por tanto, de lo humano que se aísla, hace solitario para reconcentrarse en lo Uno también solitario, y así fugarse de la multiplicidad de la existencia para esta reconcentración en lo Uno. Recuerda a este respecto las palabras de Plotino: "phuge monou pros Monon". Es lo que en consecuencia ahora debes retener en tu memoria para lo que aún hayas de seguir pensando y razonando en lo que te resta de tu típica vida individual:

—("Historia de la filosofía", Wilhelm Dilthey). El genial sistematizador del neoplatonismo, Plotino, nació probablemente hacia el 204-3 en Egipto. Llegó a la filosofía a los 28 años de edad y fue durante once años discípulo entusiasta de Ammonio; fundó en Roma, hacia 244-5, una escuela que fue dominante gracias a su venerable personalidad y a su profundidad, así como a sus conexiones con la gran pugna religiosa de aquellos días. Murió en 270. A su muerte su discípulo Porfirio editó en seis "Enéadas" los 54 ensayos publicados por él en distintas épocas.

En la intuición intelectual se capta el supraente (ὑπερούσιον), en cuya unidad no hay ninguna multiplicidad, al cual no se aplican las categorías y que

está más allá de todas las oposiciones. De la unidad se desprende, por emanación, lo temporalmente múltiple, en una serie de escalas descendentes (en oposición con la evolución). Primera emanación: νοῦς, en el cual el pensamiento unitario se distingue de la multiplicidad de sus objetos, a saber: el mundo de las ideas. Última figura que adopta la teoría de las formas sustanciales: se colocan las ideas en el pensamiento divino. El sistema mismo es un idealismo o pansiquismo objetivo desarrollado, dentro del cual todo acaecer es actividad anímica y en una trabazón mágica operan como sujetos activos el nus, el alma del mundo, las almas de los astros, el alma de la tierra, los demonios, las almas humanas; la materia no es más que mera sombra de lo espiritual. A la emanación de lo Uno corresponde el retorno a lo Uno en las intuiciones inmediatas de Ello (éxtasis).

– ("Historia de la filosofía", Angel González Alvarez).

Plotino. Mientras la síntesis filoniana se hace en contacto con la religión judaica, el neoplatonismo propiamente dicho, cuyo fundador fue Ammonio Saccas, y su representante capital, Plotino, surge como un sincretismo de la doctrina platónica y la religión pagana.

Plotino nació en Egipto y se educó en Alejandría. La enseñanza de Ammonio Saccas fue la única que le satisfizo. Parece que viajó por el Oriente hasta que se trasladó a Roma, donde enseñó filosofía con gran éxito y numerosos discípulos. Su vida se caracteriza por la curiosidad intelectual y una extraña espiritualidad.

Plotino escribió numerosos Tratados que, recopilados

después de su muerte por su discípulo Porfirio y ordenados en seis grupos de nueve, recibieron, por eso, el nombre de "Enéadas". Los tratados que forman las "Enéadas" tienen valor muy desigual, pero en su conjunto la obra ofrece gran interés, y es, desde luego, la más genial de cuantas produjo la filosofía griega desde Aristóteles. La influencia de las "Enneádas" fue muy considerable en los primeros tiempos de la filosofía cristiana. A continuación damos las líneas generales del sistema.

El punto de partida es Dios. Plotino busca la realidad primaria, origen y fundamento de toda otra realidad. Es el Uno, la plenitud de ser, de la divinidad y del bien. El Uno rebosa y se expande, dando origen, por emanación, a nuevos seres. El Uno no encierra en sí composición alguna. No puede ser, por consiguiente, materia, porque a la materia conviene esencialmente estar formada por partes extensas. Tampoco puede ser espíritu, porque en el espíritu se da, al menos en función del conocimiento, la dualidad sujeto-objeto. El Uno está por encima de la materia ~~porque a la materia~~ y por encima del espíritu. Es más, sin el Uno no podría existir ni la materia plural ni el espíritu dual. Pluralidad y dualidad proceden de la unidad. No se queda todavía satisfecho con esto Plotino. Si bien se examina, la materia y el espíritu se reparten la totalidad del ser. Por consiguiente, el Uno está por arriba del ser. La perfección infinita del Uno lo coloca más allá de toda determinación concebible, y sólo puede ser expresado por vía de negación. Del Uno ha de negarse toda perfección finita. Este es el sentido de la teología negativa de Plotino.

Con todo esto, alguna determinación positiva hace Plotino del Uno. Dice de él, por de pronto, que es el primero. Además, es energía, vida en su máxima

~~expresión~~ plenitud, capaz de rebasar de sí mismo para dar origen a todas las cosas.

Del Uno, dijimos, proceden por emanación todas las cosas. Ello se verifica merced a un proceso de causaciones en degradación creciente que, partiendo del Uno, terminan en la materia; que, naciendo en el bien, terminan en el mal.

Del Uno procede, en primer término, el nous, el espíritu, una especie de duplicación del Uno. El nous piensa al Uno por reflexión. Hay en el nous dualidad del sujeto pensante y objeto pensado. En el nous se alojan las ideas, todo el mundo inteligible, el cosmos noetós de que hablara Platón.

Del nous procede el alma a modo de duplicación. El alma es engendrada por el nous por reflexión. Esta alma es un alma cósmica, un alma del mundo. Las almas individuales, por ejemplo, el alma humana, de la que hablaremos después, son una parte del alma del mundo. El alma recibe del nous las ideas.

El alma engendra la materia y origina el mundo sensible. Esto ha de entenderse como sigue: La materia es una especie de no ser engendrado por el alma. El mundo sensible se origina al imprimir el alma sus ideas en la materia. Cada cosa se constituye, pues, de un elemento positivo (la idea que pone el alma) impreso en un factor negativo (la materia). También en Platón las cosas del mundo sensible eran mezcla de ser y no ser, se componían de una forma (idea, o mejor, participación de una idea) y de una materia, que propiamente no es.

De esta manera, el proceso de emanaciones sucesivas que comenzaba en el en el Uno, en el bien, termina en la materia; en el mal, fuente de toda imperfección. Este proceso descendente, que procede

a modo de causalidad eficiente, ha de ser recorrido en dirección opuesta, siguiendo una marcha ascendente, teleológica. Por la causalidad eficiente venimos de Dios. Por la causalidad final volvemos a Dios. A la marcha de procesión de Dios habrá de corresponder ~~habrá de~~ un movimiento de conversión a la divinidad.

Con esto pasamos a la psicología y a la ética. Plotino toma de Platón, quien a su vez lo había hecho de los pitagóricos, la idea del origen del hombre en una caída y la reintegración del alma a los lugares celestes. Las almas humanas viven, en efecto, en el cosmos inteligible; en virtud de una tendencia a comerciar con la materia, caen en el mundo sensible, hundiéndose en un cuerpo. Así, el hombre se compone de alma y cuerpo. No es el cuerpo quien sostiene el alma; antes al contrario, es sostenido por ella. El alma no se aloja en una parte del cuerpo, sino que está toda ella en todo el cuerpo. Aun después de la caída, y por su actividad superior, sigue el alma viviendo en el mundo inteligible del nous, y aun aspira a unirse con el Uno. El alma apegada a la materia no logra la vuelta al mundo inteligible; con la muerte del hombre transmigra a un animal o, incluso, a un vegetal. Las almas puras vuelven al cosmos inteligible y algunas veces al Uno.

La ética de Plotino ha de entenderse en función de esta vuelta del alma a Dios. La virtud propiamente es el ascender hacia la perfección, que habrá de terminar en la unión con Dios. Este ascenso comprende tres grados. El primero es la ascesis, el ejercicio de renuncia de las cosas materiales sensibles. Su virtud es la catarsis. El segundo grado es la contemplación de la verdad y de la belleza espiritual, realizando las virtudes teoréticas. El tercer grado es el éxtasis, es decir, el estar fuera de sí y en estrecho contacto

con la divinidad. El éxtasis es privilegio de las almas más puras. Cuando se verifica, el alma se sumerge en la divinidad, se convierte en el Uno, literalmente se diviniza. La mística de Plotino es también panteísta.

- ("Diccionario Enciclopédico Práctico" Norma). Plotino. (¿205-270?), filósofo griego nacido en Egipto y de tendencia neoplatónica. Su filosofía, recogida en las "Enneadas", aunaba las tradiciones antiguas y las doctrinas cristianas. Seguidor de la escuela de Alejandría.

- ("Diccionario filosófico" Rosental-Iudin). Plotino. (205-270). filósofo idealista de la antigua Grecia, natural de Egipto; vivió en Roma. Es el fundador de la escuela neoplatónica, que acentuó el contenido místico de la doctrina de Platón. El proceso universal, según Plotino, empieza con el principio divino de lo inicialmente uno, inasequible e inexpresable, que se derrama hacia el exterior primero como inteligencia mundial, luego como alma del mundo, después como almas singulares, como cuerpos singulares, hasta la materia, por la que entiende Plotino la nada. El fin de la vida humana, según Plotino, es la ascensión de lo Uno. Dicho fin se alcanza mediante la contención y represión de las pasiones corporales, así como mediante el desarrollo de las fuerzas espirituales, entre ellas las cognoscitivas. En el grado superior, extático, de ascensión, el alma se une con Dios. En la teoría de Plotino resulta patente una dialéctica mística: el ver los contrarios y su unidad, que condicionan en el mundo la armonía y la belleza, el mal y la fealdad.

-("Lecciones Preliminares de filosofía", Manuel García Morente). La intuición emocional o emotiva, también está ampliamente representada en la historia del pensamiento humano. En la antigüedad la encontramos en el filósofo Plotino; más tarde, en alto grado, llevado a uno de los más sublimes niveles de la historia del pensamiento, la encontramos en San Agustín. (...)
(...) Y así termina la filosofía de Heráclito, por una parte con una visión profunda de la esencia misma de la realidad y que sólo volveremos a encontrar en algún filósofo antiguo, a veces, como Plotino, y en un filósofo moderno, como Bergson (...)
(... La palabra "mónada" no es de Leibnitz. Probablemente Leibniz la ha tomado de sus lecturas de (...) Giordano Bruno. Giordano Bruno fue el que la puso en circulación en Europa. Quizá la tomó él también de lecturas que hiciese de místicos y filósofos de la antigüedad, acaso de Plotino, que la empleó también.

-("El origen de la vida", A. Oparin). (...) A la vez, con el transcurso del tiempo, la fundamentación teórica de la generación espontánea y repentina fue adquiriendo un carácter cada vez más idealista y hasta místico.
Este último carácter lo adquirió, en particular, a comienzos de nuestra era, entre los neoplatónicos. Plotino, jefe de esta escuela filosófica, muy difundida en aquella época, enseñaba que los seres vivos habían surgido en el pasado y surgían aún cuando la materia se animaba por el espíritu vivificador. Parece ser que fue Plotino el primero en formular la idea de la "fuerza vital", que pervive

aún hoy día en las doctrinas reaccionarias de los vitalistas contemporáneos.

-("Teoría del conocimiento", Juan Hessen). Una forma algo distinta [de racionalismo] se encuentra en Plotino y San Agustín. El primero coloca el mundo de las Ideas en el Nus cósmico, o sea Espíritu del universo. Las Ideas ya no son un reino de esencias existentes por sí, sino el vivo autodespliegue del Nus. Nuestro espíritu es una emanación de ese espíritu cósmico. Entre ambos existe, por ende, la más íntima conexión metafísica. Como consecuencia, la hipótesis de una contemplación preterrena de las Ideas es ahora superflua. El conocimiento tiene lugar simplemente recibiendo el espíritu humano de las ideas del Nus, origen metafísico de aquél. Esta recepción es caracterizada por Plotino como una iluminación. "La parte racional de nuestra alma es alimentada e iluminada continuamente desde arriba". (...)
(...) La medula de este racionalismo es, según esto, la teoría de la iluminación divina. Podemos caracterizar con razón esta forma plotiniano-agustiniana del racionalismo como racionalismo teológico.
(...) Un tránsito del objetivismo al subjetivismo, ~~en el sentido des~~ (...) tuvo lugar cuando San Agustín, siguiendo el precedente de Plotino, colocó el mundo flotante de las Ideas platónicas en el Espíritu divino, haciendo de las esencias ideales, existentes por sí, contenidos lógicos de la razón divina, pensamiento de Dios (...).
(...) La solución del problema del conocimiento está, pues, en la idea de la Divinidad como origen común del sujeto y el objeto, del orden del

pensamiento y del orden del ser.
Este es la posición del teísmo cristiano. Conatos más o menos fuertes de ella se encuentran ya en la Antigüedad en Platón y Aristóteles. También existe en Plotino, al menos en sustancia, aunque aparezca modificada por la teoría de la emanación. (...)
(...) En Plotino, el renovador del platonismo, la intuición del Nus reemplaza a la intuición de las Ideas, como ya hemos visto. Esta intuición del Nus es una actividad puramente intelectual como la intuición platónica de las Ideas. Pero Plotino conoce, además de la intuición del Nus, una intuición inmediata del principio supremo de la realidad, de lo Uno. En su tratado "De la contemplación", que se encuentra en las "Enéadas" pinta Plotino con palabras entusiastas la sublime contemplación de lo Divino. Esta misma pintura revela que la contemplación de Dios no es en Plotino algo puramente racional, sino que está fuertemente empapada de elementos emocionales. Es una contemplación mística, en que no sólo tiene parte el intelecto, sino también las fuerzas activas del hombre. (...)
(...) Desde San Agustín, que sentó la teoría, continuando a Plotino, que la introdujo en la mística cristiana de la Edad Media, corre una línea casi continua hasta el presente, en que Scheler, en su obra "De lo eterno en el hombre", considera justamente como el fin de sus esfuerzos en filosofía de la religión "presentar de un modo más claro cada vez ese contacto inmediato del alma con Dios..."

zado el año 97, que contentó igualmente á los nobles y á los plebeyos. Al amor que tenía al pueblo debió atribuirse la disminución de los impuestos y gabelas con que se hallaban sobrecargadas las provincias. Los tribunales estaban abiertos á cualquiera que tuviese que dar una queja contra los agentes é intendentes del emperador; y el fisco, cuya causa nunca es mala, escribe Plinio, sino en tiempo de un buen príncipe, perdía muchas veces el pleito. Dícese que Plotina Pompeya ayudaba á su marido á conservar su gloria intacta sobre este punto, y le advertía los otros desórdenes en los empleados para su pronta represión. Gozaba del mayor crédito con el emperador, é informado por su consorte de lo mucho que los procuradores imperiales tenían oprimidas las provincias, cobró un horror indecible á todo género de impuestos. Adriano, deudo de la Augusta, ganó su afecto, y Plotina Pompeya lo protegió tan abiertamente, que la malignidad concibió sospechas contrarias á su honestidad, acusándola de que el bien que hacía á Adriano era inspirado por una loca y criminal pasión. Dion Casio, citado por un moderno, lo asegura positivamente; pero, sea de esto lo que fuere, no hay duda que la emperatriz persuadió á su esposo, casi contra su voluntad, á que casase á su sobrina Sabina con Adriano. En lo que están contestes todos los historiadores es en que Adriano debió el solio á la emperatriz viuda. Acompañaba ésta al emperador, su esposo, cuando falleció en Seleucia, en el Asia Menor, en el año de 117. Condujo Plotina Pompeya el cadáver de Trajano á Roma, acompañada de su sobrina Matidia y de Faciano. No está aclarada todavía históricamente la parte que Plotina Pompeya tuvo en la persecución de los cristianos ordenada durante el imperio de Trajano; pues, mientras unos autores dicen que la emperatriz indujo á su esposo á que la decretara, otros afirman que ella se empeñó en que se les tratase con cierta tolerancia y hasta que se viesen sus causas con absoluta imparcialidad. La historia nos recuerda varias ciudades construídas ó embellecidas por Trajano, y entre ellas una llamada *Plotinópolis* para perpetuar la memoria de su esposa. Aunque ignoramos el lugar y las circunstancias de la muerte de la emperatriz, sabemos sobrevivió poco á Trajano, porque, según una inscripción que copia Masdeu, ya había finido en el tercer consulado de su hijo adoptivo, el emperador Adriano, el año 119, porque la llama *Divina*, y esto quiere decir que estaba en la sociedad celestial de los politeístas. La inscripción dice así: «El emperador César Trajano Adriano Augusto, condecorado de la potestad tribunicia y de tres consulados, puso esta memoria á sus padres Divo Nerva Trajano Pártico y Diva Plotina, mujer de Divo Trajano Pártico.» Habiendo recibido Adriano la noticia del fallecimiento de su madre adoptiva, se afligió extremadamente, y vistió luto por espacio de nueve días, componiendo también himnos en su alabanza. Hizo edificar un templo en Nimes, del cual se ven todavía vestigios.

PLOTINO. *Biog.* Filósofo griego, n. en Licópolis (Egipto) el año 205 ó 204 y m. en Campania en 270. A los ocho años estudió gramática y á los veintiocho se trasladó á Alejandría, donde fué presentado á Ammonio Saccas, exclamando: «He aquí el maestro que yo buscaba.» Ammonio, cuyas enseñanzas siguió por espacio de once años, influyó de una manera considerable sobre su nuevo discípulo: de él parece haber recibido Plotino las líneas generales del sincretismo grecooriental que caracteriza su dirección personal del platonismo. Cuando contaba treinta y nueve años, deseoso de conocer las doctrinas de Persia y de la India, acompañó al emperador Gordiano en su expedición á Mesopotamia. Habiendo logrado escapar del desastre de aquella empresa, llegó fugitivo á Antioquía y de allí pasó á Roma (244), donde se estableció definitivamente, abriendo una escuela de filosofía el año 245, la cual dirigió hasta poco antes de su muerte, ocurrida en una posesión de su amigo Zethus en Campania. Porfirio en su *Vida de Plotino*, compuesta hacia el año 303, refiere muchos pormenores de la vida de este filósofo. Nos dice que era elocuente y que escribía sus lecciones como si copiara lo que tenía en el pensamiento, pero nunca corregía sus escritos, en los cuales, por otra parte, abundan las impropiedades gramaticales. Gozó de gran fama y á escucharle acudían gente de toda clase: retóricos, médicos, poetas, políticos, refiriéndose el caso de un tal Rogaciano, senador, que ganado por la doctrina de Plotino, libertó á su servidumbre y renunció á todas sus dignidades. El emperador Galiano y la emperatriz Salonina le tuvieron también en gran aprecio, y Plotino había conseguido que acogieran con simpatía su idea de fundar en la Campania una ciudad que debía llamarse *Platanopolis* y organizarse según las *Leyes* de Platón, pero las intrigas cortesanas hicieron fracasar el proyecto. Se cuenta que al morir exclamó sintetizando su profesión filosófico-religiosa: «Voy á llevar lo que hay de divino en nosotros á lo que hay de divino en el Universo.»

Plotino no explicaba en forma de discurso, sino que se limitaba á contestar á las preguntas que le dirigían sus discípulos, poniendo en su palabra un tono de inspiración y de entusiasmo que dan á su obra un carácter distinto tanto de los diálogos platónicos como de los tratados aristotélicos. Su sistema se basaba en una idea de la filosofía que tenía más de oriental que de helénica; la creía ejercicio exclusivo de los hombres privilegiados por su saber, y consideraba á los demás incapaces de penetrar su sentido. Su enseñanza era, pues, una iniciación, y en esta forma parece haber recibido la doctrina de su maestro Ammonio, quien había exigido á sus discípulos el secreto, pero habiendo Erennio y después Orígenes divulgado sus principios, Plotino se consideró también desligado de su promesa.

En vano buscaremos en sus obras la sencillez y la precisión: todo en ellas revela al poeta, al entusiasta, al místico. Su filosofía es el tipo que servirá de patrón á todo misticismo filosófico desde Escoto Eriúgena hasta Schelling. El maestro de Plotino, dice J. Simon, es Platón, pero Platón libremente interpretado, no el Platón del *Primer Alcibiades* y del *Fedon*, ni tampoco el del *Fedro*, sino el Platón del *Timeo* y del *Parménides*. Su pensamiento se enzarza desde luego en las redes de la dialéctica; como Platón, parte del conocimiento de lo múltiple y se esfuerza, generalizando, en remontarse á la unidad. Como Platón, exagera el no ser de los fenómenos y de la naturaleza sensible, y como él en cada uno de los conceptos universales que alcanza, ve una imagen de la unidad absoluta y, por decirlo así, uno de los peldaños por los cuales el espíritu se eleva hasta Dios. El ejército de los fenómenos que componen el mundo movible se disciplina así á los ojos de Plotino, y pronto, de ley en ley, de simplificación en simplificación, llega á los principios superiores que en-

gendran todos los demás, y que, irradiando de esfera en esfera, hacen del mundo entero la traducción siempre lógica y siempre variada de una misma palabra. Pero á medida que se siente dueño de la multiplicidad, sus aspiraciones á la unidad se hacen más ardientes y el dialéctico desaparece ante el místico. Platón, si es permitido expresarse en esta forma, le conduce únicamente hasta la puerta del santuario.

Amelio, Longino y Porfirio fueron sus discípulos; el último escribió una biografía de su maestro que figura en la mayor parte de las ediciones de sus obras y que fué traducida al latín por M. Ficino, al inglés por Taylor (Londres, 1817), al francés por Zévort (París, 1847), y al alemán por Müller (Berlín, 1878). Además reunió los escritos de PLOTINO en seis series de nueve libros cada una, por lo cual son conocidas con el nombre de *Enéadas*. Forman como un conjunto de disertaciones sobre temas de filosofía, pero carecen de plan y de unidad, siendo muy difícil descubrir el sistema á través de sus continuas digresiones. Tenemos la edición griega de R. Volkmann (Leipzig, 1883-84), las latinas de Marsilio Ficino (Florencia, 1492, 1540 y 1559), y las grecolatinas (Basilea, 1580-1615), por F. Creuzer, G. H. Moser y P. Wyttembach (Oxford, 1835), por el mismo Creuzer, F. Dübner y Moris (París, 1855), por A. Kirchchoff (Leipzig, 1856); grecoalemanas de H. F. Müller (Berlín, 1878-80), la traducción francesa de M. N. Bouillet (París, 1857-61), las fragmentarias en alemán por Creuzer y Engelhardt; en inglés, de T. Taylor y T. M. Johnson; en italiano, de A. M. Salvini, etc. Hasta principios del siglo XIX, la filosofía de PLOTINO, y la de los últimos tiempos de la historia griega, era imperfectamente conocida. Fuera de los trabajos de Dietelmaier, Meinerss y de algunos pocos más, es preciso llegar á la tesis de Fichte, hijo (*De philosophiae novae platonicae origine*, Berlín, 1818), para percatarse de la importancia del plotinismo. Los primeros eruditos insistieron especialmente en las ideas estéticas de PLOTINO; E. Müller, Zimmermann, Kuhn y Walter dedican sendos capítulos á dicho filósofo en sus respectivas obras históricas; al mismo tiempo se despertaba la afición por conocer el sistema integral de PLOTINO. Añádase á esto que la filosofía alemana posterior á Kant se inspiró en dos fuentes bien plotinianas por cierto, el panteísmo evolucionista y el idealismo místico. Contribuyeron también á la restauración histórica de aquella filosofía los eclécticos franceses; las obras de J. Simon y E. Vacherot sobre la escuela de Alejandría son las primeras exposiciones integrales de aquel movimiento que simboliza PLOTINO en su fase más original y profunda. Antes de esta fecha (1843) se habían publicado ya las monografías de Winger, Gerlach, Heigl y Lindebland, y las *Meletemata plotiniana*, de Steinhart (1840), pero la época en que abunda la bibliografía plotiniana es la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, siendo los trabajos más notables los de Daunas, Kirchner, Creuzer, Richter, Kleist, Guthrie y, sobre todo, los de Herman Federico Müller, quien durante unos cuarenta años ha venido publicando sus nuevas investigaciones filológicas y filosóficas sobre las *Enéadas*, de PLOTINO.

La concepción de PLOTINO representa el último esfuerzo realizado por el helenismo para conservar la hegemonía filosófica en la antigüedad. La decadencia, iniciada desde la muerte de Aristóteles, se había traducido en los últimos siglos de la era pagana y en los dos primeros del Cristianismo en una mezcolanza de ideas religiosas y filosóficas, y de doctrinas ideológicas contradictorias. Elevar esta doble tendencia á la categoría de sistema, para oponerse á la marcha triunfante del Cristianismo, fué el objeto de la filosofía neoplatónica, cuya primera figura es indiscutiblemente PLOTINO.

La filosofía de PLOTINO parte del concepto de la Divinidad considerada á manera de los eleatas como la Unidad absoluta. El acto de Dios constituye su misma substancia. «¿Qué necesidad, dice, tendrían los ojos de ver la luz, si fuesen la luz misma y de qué serviría la conciencia personal á un Ser que es indivisible y está siempre consigo mismo?» El «conócete á ti mismo» no puede aplicarse á lo Uno, mas esto no arguye ignorancia. La ignorancia supone una relación, consiste en que una cosa no conoce á otra; pero el Uno, siendo solo, no puede conocer ni ignorar nada, estando consigo mismo, no tiene necesidad del conocimiento de sí mismo; tiene una intuición de sí mismo en relación á sí mismo. La Unidad divina no es la unidad numérica, la cual supone los demás números; es el principio de todas las cosas, no tiene cualidades ni perfecciones, sino que es el ser y la perfección por excelencia. Todas las denominaciones que le damos son inadecuadas, siendo superior al Ser y á la Idea, no podemos llegar á él ni por la visión corporal ni por la intelección racional. PLOTINO habla profusamente de la naturaleza divina y de su relación con el mundo. Unas veces parece considerar la Divinidad como superior á todas las oposiciones, aun de espíritu y materia, y otras la define como el principio espiritual por excelencia y como el extremo opuesto á la materia.

Todo procede de Dios y todo vuelve á Dios. La creación es una obra de irradiación ó difusión de la Divinidad, y el fin último de toda existencia es el retorno ó la reabsorción en el seno de la Unidad Absoluta. La explicación de estos dos procesos constituye el fondo del plotinismo, ó en otras palabras, su Metafísica y su Moral.

Dios no tiene necesidad de las cosas que ha producido, pero, lo mismo que ocurre en los seres finitos, para llegar á la perpetuidad y manifestar su bondad infinita, engendra. Los tres grados de esta evolución regresiva son la inteligencia, el alma y el cuerpo. La inteligencia representa la unidad absoluta de Dios desdoblada en entendimiento (sujeto) y mundo inteligible (objeto), pero como están uno en otro, todavía la unidad se mantiene como ley de la existencia en esta primera degradación del Absoluto. La ideología de PLOTINO se separa de la dialéctica platónica, en que en aquélla cada individuo tiene su idea y, por lo mismo, no es la especie, sino el individuo lo que es eterno. La inteligencia, á semejanza de la Unidad divina, es también creadora; ella produce el alma, la cual tiende por naturaleza á la inteligencia, como ésta tiende á la Unidad. Su función característica no es la intuición, sino el discurso, el conocimiento por intermediarios y por grados, y llega únicamente á las representaciones ó nociones inadecuadas de las Ideas. La conciencia y la memoria son posibles, de un lado, por la imaginación, y de otro, por la idea que nos representa en la Inteligencia. Las almas individuales no son más que manifestación del alma universal ó del mundo. El alma del mundo, como la inteligencia, produce un último principio, el más imperfecto de todos, la materia, la cual por sí misma carece de forma, determinación,

belleza bien; es todo lo contrario de la Unidad Absoluta, y si se mantiene como una cierta realidad es por la acción plástica del alma cósmica que la especifica en diversos cuerpos ó seres sensibles. «En el momento mismo en que la materia de los cuerpos se convierte en una cosa determinada, no es ni viviente ni pensante, está muerta á pesar de su belleza transitoria, mientras que, por el contrario, la materia inteligible tiene una realidad verdadera, es viviente y pensante.» El alma del mundo necesita, para que se manifieste el mundo ideal que ésta refleja, de un medio en que desarrollarse, y entonces se crea á sí misma el lugar, la materia, el mundo corpóreo. La afección sensible (placer ó dolor) es un estado del cuerpo, del cual el alma tiene conciencia; la sensibilidad es esencialmente pasividad, mientras que el alma es causa formal y por lo mismo inaccesible á la perturbación que trae consigo todo estado sentimental; el alma percibe lo que ocurre en el cuerpo, y éste es el que verdaderamente padece. Así como el alma del universo anima el cuerpo del mismo, las almas individuales animan los cuerpos ó partes de la materia cósmica. La naturaleza del hombre es doble; de un lado el principio suprasensible que mira siempre hacia su origen, y de otro el alma en cuanto unida á la materia y sujeta á las pasiones y miserias orgánicas. Hay tres clases de almas: las que viven para la inteligencia y para Dios, ó almas divinas; las que están fluctuando entre el cielo y la tierra, que tan pronto se inclinan al bien como al mal, los demonios ó genios y, por última, los que viven en el embrutecimiento, sometidos á la materia, informando cuerpos perecederos.

El espiritualismo y misticismo plotinianos se acentúan en su Estética y en su Etica. La belleza sensible, descendiendo sobre la materia como una imagen ó una sombra, la embellece y encanta para nuestra admiración; no puede negarse la semejanza de lo bello sensible con lo bello inteligible; los objetos percibidos por los sentidos son bellos, porque participan de la forma inteligible. Lo corpóreo puede reflejar lo espiritual. El arquitecto puede juzgar bello á un edificio que tiene ante su vista, comparándolo con la idea que tiene en su interior; el objeto externo, prescindiendo de todas las cualidades que los sentidos nos revelan, no es otra cosa que la forma interna, idea ó tipo que, gracias á aquéllos, es difundida en la multiplicidad de propiedades. Sin el auxilio de los órganos corporales, el alma ve y denomina otro orden de belleza, la belleza moral. «Lo mismo que nos sería imposible hablar de las bellezas sensibles si no las hubiésemos visto ni reconocido jamás como tales, como les ocurre á los ciegos de nacimiento, tampoco sabríamos decir nada de la belleza, de las artes, de las ciencias, de las buenas costumbres, de los actos y sentimientos virtuosos, si ya no poseyéramos esta especie de belleza.» La doctrina estética de PLOTINO se enlaza insensiblemente con la Moral. «El desgraciado, dice, no lo es porque deje de poseer bellos colores, hermosos cuerpos, ni el poder, ni la dominación, ni la realeza; lo es únicamente porque se ve excluído de la posesión de la belleza, posesión por cuyo valor es preciso despreciar las monarquías, la dominación de la tierra entera, del mar, del cielo mismo; si se puede, abandonando y despreciándolo todo, conseguir la contemplación de la belleza frente á frente. No son en verdad ni navíos ni carros arrastrados por veloces caballos lo que nos hace falta para ver nuestra patria querida; sólo se necesita abrir los ojos del espíritu, cerrando los de la carne.»

Los seres en que gradualmente se determina la unidad absoluta, no pierden, sin embargo, la marca de origen, á saber, la huella divina; por esta razón tienden á volver al seno de la misma Unidad, desprendiéndose de todo aquello que les adhiere á los seres inferiores que por ley de su naturaleza producen. Esta ascensión constituye el objeto de la Moral de PLOTINO.

A diferencia de Platón, PLOTINO rompe la solidaridad de lo teórico con lo práctico. El tipo del sabio no es el político, sino el místico, el especulativo; el que se preocupa demasiado de los negocios públicos y, en general, de la vida exterior es que tiene todavía apego á las cosas sensibles. La virtud de las virtudes, el bien de los bienes es la contemplación, porque es el único bien que el hombre puede poseer por completo. Pero veamos en qué consiste la vida teórica que nos proporciona la dicha. No es el conocimiento sensible y por imágenes, ni el conocimiento discursivo ó por intermediarios. La *intuición intelectual* que, lejos de imitar y dividir, ve inmediatamente y en su unidad el objeto, lo inteligible, es ya como una identificación entre la inteligencia divina y la humana, pero el verdadero estado es aquel en que la distinción misma de objeto pensado y sujeto pensante desaparecen; más aún que intuición de la unidad, superación del pensamiento constituye lo que se llama el *éxtasis*, abolición de todo lo que representa conciencia, distinción y percepción; no es una visión de Dios, sino una existencia divina; el sabio sólo puede indicar el camino, pero la obtención de este estado perfecto es obra de Dios y sólo en algunos momentos es dable al hombre participar del mismo. El alma halla, pues, su felicidad volviendo á su origen, entregándose á la contemplación del mundo suprasensible. Puesto que la esencia del hombre es el pensamiento, en el ejercicio de esta facultad y no en los bienes exteriores es donde hay que buscar su aspiración última; indiferente en absoluto á la fortuna, su primer deber es emanciparse de lo sensible, dominando las inclinaciones orgánicas y concupiscibles, y cuando la voluntad por sí sola no basta, debe acudir á las prácticas de la abstinencia y á las mortificaciones. Las virtudes prácticas (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) purifican el alma, acercándola al bien y apartándola del mal; no nos introducen en el reino de la Divinidad, únicamente nos indican el camino que hemos de seguir. Las virtudes contemplativas son como un movimiento hacia Dios; y siendo la belleza el objeto de la contemplación hay tantas formas de ésta como las hay de belleza. «No debemos buscar con inquietud la luz divina, sino esperar reposadamente que se nos aparezca y prepararnos á contemplarla, lo mismo que espera la mirada, vueltos los ojos al horizonte, al sol que va á salir por encima del Océano. Entonces, elevados por el flujo de la inteligencia é impelidos por la ola que crece desde su cima, vemos repentinamente.» Mientras el alma goza de la presencia divina, no hay dualidad... En este estado el alma no siente su cuerpo, ni si vive, ni se da cuenta de si es hombre ó otra cosa en el mundo... Tres caminos conducen á Dios: el arte, el amor y la filosofía; el artista busca la idea en sus apariencias sensibles, el amante la busca en el alma humana y el filósofo en el mundo intelegible, donde se encuentra libre de toda mezcla é imperfección. El hombre que ha ex-

perimentado esta situación de éxtasis, se pasa sin el arte y sin el amor, como el viajero que ha admirado las bellezas del palacio de un rey, las olvida cuando está en presencia del soberano.

Las objeciones más serias que suscita la filosofía de Plotino son las que se desprenden de su concepción panteísta evolucionista. Ningún subterfugio, por hábil que sea, podrá declarar compatibles la libertad humana y la individualidad personal con el determinismo y la unidad de substancia. La decadencia ó degradación de la Divinidad, que es la perfección absoluta, en seres cada vez más imperfectos es un misterio; todavía lo uno, la inteligencia y el alma forman como una trinidad de naturaleza espiritual, pero, ¿y la materia? ¡Cuán especiosa no es la explicación que da Plotino en sus *Enéadas*, agravando las dificultades de Platón, su precursor! El mismo concepto de Unidad es confuso; no parece ser la totalidad, ni tampoco coincide con la unicidad; ¿será como el centro que irradia hacia la superficie? Imagen exacta si se quiere, pero que nada explica. La teoría emanatista tiene este vicio de origen: ¿cómo entender el paso de lo absoluto, infinito é inmutable á lo relativo, limitado y sujeto al continuo devenir? El mundo sale de su causa como el agua de un vaso se derrama cuando está demasiado lleno, metáfora que nos deja en la obscuridad inicial del problema y que de interpretarse como expresión adecuada, desfiguraría el concepto que nos formamos de la naturaleza divina. Plotino niega la libertad humana y la Providencia, y, sin embargo, habla como si admitiera ambas verdades. La misma Moral de Plotino, con ser espiritualista, se acerca más al quietismo oriental que á la filosofía práctica de los griegos. Difiere igualmente de la moral cristiana que se funda en los conceptos de libre albedrío y personalidad y que admite Dios creador y providente, autor del orden moral, al cual se llega no sólo por el conocimiento, sino principalmente por la acción. La exaltación mística acaba por eliminar todo factor ético, como la independencia y el orgullo del sabio estoico producían las más absurdas paradojas en la vida moral y social. La doctrina de la inmortalidad, de la cual el éxtasis es una anticipación, no cabe ser interpretada, sino como una renovación de la antigua teoría de las emigraciones y de la preexistencia. En suma, todos estos elementos dan al sistema de Plotino una fisonomía especial, distinta del platonismo, respecto del cual representan un verdadero retroceso. Las *Enéadas* son la fuente obligada de este misticismo panteísta que veremos fructificar en la Edad Media.

V. Platonismo.

"El desgraciado no lo es porque deje de poseer bellos colores, hermosos cuerpos, ni el poder, ni la dominación, ni la realeza; lo es únicamente porque se ve excluido de la posesión de la belleza, posesión por cuyo valor es preciso despreciar las monarquías, la dominación de la tierra entera, del mar, del cielo mismo; si se puede, abandonando y despreciando todo, conseguir la contemplación de la belleza frente a frente. No son en verdad ni navíos ni carros arrastrados por veloces caballos lo que nos hace falta para ver nuestra patria querida; sólo se necesita abrir los ojos del espíritu, cerrando los de la carne".

— Plotino —

Los seres en que gradualmente se determina la unidad absoluta, no pierden, sin embargo, la marca de origen, a saber, la huella divina: por ésta razón tienden a volver al seno de la misma Unidad, desprendiéndose de todo aquello que les adhiere a los seres inferiores que por ley de su naturaleza producen.

— Ideas de Plotino —

"No debemos buscar con inquietud la luz divina, sino esperar reposadamente que se nos aparezca y prepararnos a contemplarla, lo mismo que despierta la mirada, vueltos

los ojos al horizonte, al sol que va a salir por encima del Océano. Entonces, elevados por el flujo de la inteligencia e impelidos por la ola que crece desde su cima, vemos repentinamente".

— Plotino —

Tres caminos conducen a Dios: el arte, el amor y la filosofía: el artista busca la idea en sus apariencias sensibles, el amante la busca en el alma humana y el filósofo en el mundo inteligible, donde se encuentra libre de toda mezcla e imperfección. El hombre que ha experimentado esta situación de éxtasis, se pasa sin el arte y sin el amor, como el viajero que ha admirado las bellezas del palacio de un rey, las olvida cuando está en presencia del soberano.

— Ideas de Plotino.

representación europea del universo. El gnosticismo se entrega ciegamente al rapto, lo que nunca aceptó seriamente la filosofía griega —hiciera el pueblo lo que hiciera—, pues ella se encontró el mito ya creado, como un crecimiento espontáneo y silvestre, y sólo lo empleó por metáfora. La mística del gnosticismo, en cambio, alcanza una floración viciosa.

El gnosticismo comenzó en Oriente antes de Cristo, produjo la literatura hermética y adquirió ímpetu cabal mediante el contacto con el cristianismo. Es una suerte de cristianismo extravagante que había de prender en Babilonia, Persia y Egipto. Pero, sin el respeto a la tradición propia del cristiano medio, el gnóstico era un liberal harto revolucionario, nada inclinado al proselitismo, ni a la pura filosofía o a la ciencia, en su sueño de libertar al espíritu de la carne y merecer la comunión de Dios.

Por supuesto, necesitaba algún pretexto filosófico, y así elaboró una suerte de platonismo bárbaro, donde la historia se vuelve poema dramático entre personas alegóricas, algo a la manera de William Blake. Aunque hay muchas variantes, los gnósticos creen generalmente que, más abajo de Dios Padre, circula una muchedumbre de espíritus en pareja de macho y hembra. Juntos, constituyen el *Pleérooma* o totalidad de los atributos divinos. Valentino llama a estos seres los Eones, y con la correspondencia de las Ideas platónicas. Uno de estos Eones, Sophía cayó de algún modo, y su culpa determinó el nacimiento del mundo, mediante la acción del Demiurgo o Creador, hijo de Sophía, ser más bien ciego que no perverso, identificado nada menos que con el Dios de los Judíos. El alma no sólo anhela escapar a la tiranía de este ente sin inteligencia. Roto el *Pleérooma* por la falta de uno de sus miembros, acude a la redención un Eón superior, el Cristo, con carácter de Salvador: verdadero caballero andante, resuelto a recobrar a la vagabunda Sophía y volverla al redil paterno. Todo esto se revuelve con "masonería" y ritos mágicos, ascetismo no siempre muy depurado, capillas, misterios, escuelas, charlatanería, ilusionismo. La *Pistis Sophía*, curioso tratado, nos hace saber que el niño absorbe el mal con la primer leche, por ser materia; que hay en el hombre una necesidad de pecado y que la redención corresponde a los sacramentos.

La disputa entre gnósticos y cristianos sobre puntos del Antiguo Testamento hace que la Iglesia cierre el puño y se imponga una organización más rigurosa. Ya para los días de Plotino, el gnosticismo apenas alienta. Su último campeón digno de nota, Bardesano, fallece por 240. Y Plotino, que ve en el gnosticismo una caricatura de su sistema, se aplica a rematarlo. Se acuerda de que es discípulo de Grecia, y le irrita singularmente el pesimismo de los gnósticos respecto al mundo sensible: se acuerda de que es asiático, y le irrita la resistencia de los gnósticos para conceder que el sol y las estrellas sean mansiones de la deidad. También debe de haberle impacientado la cristología de los gnósticos y el que se adjudicaran tenazmente el nombre de cristianos. Además, según Plotino, los gnósticos yerran por cuanto intercalan demasiados hitos innecesarios en el mundo espiritual, excluyen sin razón la influencia divina en toda una zona de la naturaleza —que es este mundo material—, refieren el mundo fenoménico a la caída del Alma, niegan el politeísmo, creen en la creación temporal del mundo, pretenden hacer curaciones taumatúrgicas, etcétera.

42. La última de las grandes filosofías paganas, elaborada por Plotino en el siglo III d. C., acusa el impacto de la religión sobre la mente especulativa. También puede decirse que el neoplatonismo resulta de una amalgama entre los grandes sistemas clásicos de Atenas y los misticismos orientales. En general Plotino reconoce explícitamente su deuda para con muchos predecesores, actitud deferente muy característica de su época. Desde Aristóteles, ningún gran filósofo había sido tan adicto a Platón, y San Agustín llega a considerarlo como un Platón redivivo. Plotino declara que sus tres hipóstasis divinas —lo Uno, la Inteligencia y el Alma— no sólo vienen de su maestro Platón, sino también de Parménides, Anaxágoras, Heráclito, Empédocles; y a cada paso insiste en que él no dice nada nuevo, nada que no hayan dicho ya los antiguos, aunque él se detiene ahora a explicarlo. En general, el pitagorismo sólo llega hasta él en la medida que lo aceptó Platón, y el simbolismo de los números, tan importante en los neplatónicos posteriores, apenas le preocupa. Aristóteles le parece un aliado para combatir el materialismo de estoicos y de epicúreos; pero rechaza sus categorías y no declara cuanto hoy pensamos que le debe: así la importante distinción entre la *dynamis* y la *enérgeia*, la definición misma de lo Uno en términos acaso tan aristotélicos como platónicos, la "actividad" de las Ideas, la eternidad del mundo, ciertos puntos de psicología y aun de biología. De aquí que los comentaristas de la siguiente generación, y aun Porfirio, insistan en que Plotino procuraba reconciliar a Platón con Aristóteles (acaso violentando a éste un poco, según dice Arnou). Aunque partió en guerra contra los estoicos materialistas —que carecían a sus ojos del prestigio tradicional y eran gente de última hora—, su feamente llamado "panteísmo dinámico" es de cepa estoica, así como otros lugares secundarios de su sistema o ciertos rasgos de la nomenclatura que emplea. También puede descubrirse en Plo-

tino algún aleteo de escepticismo al modo de la última Academia. Todo lo cual no es de extrañar, dada la permeabilidad filosófica de la época. Pero el escepticismo de Plotino más bien parece volcarse en la afirmación de la última síntesis, del Absoluto final, donde todas las enfermedades de nuestra mente se alivian y alcanzan reposo.

V. PERIODO RELIGIOSO: EL NEOPLATONISMO

11. Vida de Plotino

1. Porfirio, el primer biógrafo de Plotino y su discípulo familiar durante los últimos seis años, acaso tiende a santificar a su maestro, aun atribuyéndole milagrosas virtudes. A la vez, quiere convencernos de que Plotino dio sus mejores frutos cuando él, Porfirio, lo frecuentaba, de modo que antes era inmaturo y, más tarde, decadente y senil. Con las obvias reservas que esta actitud nos aconseja, podemos confiar en Porfirio.

El nombre "Plotino" es romano. ¿Descendía el filósofo de aquel liberto que, por gratitud a Trajano, su antiguo señor, tomó por apodo el nombre de la emperatriz Plotina? Del nombre nada puede inferirse. En Egipto, donde vivía el filósofo, era entonces mucha la mescolanza de poblaciones, y como poco antes los egipcios habían dado en adoptar nombres griegos, ahora los adoptaban latinos. Él nunca mentó a su familia ni mencionó su tierra natal, por vergüenza, según Porfirio, de cuanto pudiera recordar los accidentes de la naturaleza, la cárcel corpórea a que Plotino, como ser humano, se veía sujeto. Lo cual es llevar muy lejos una opinión, como hubiera dicho Montaigne. Los cínicos habían desdeñado el dato histórico y se conformaban con un cosmopolitismo sin patria: imagen negativa de universalidad humana. Plotino más bien supera este dato y alcanza un ideal positivo.

Nada se sabe de sus primeros treinta años. Según algunas referencias (Eunapio, siglo IV; el *Suidas*, siglo X; la emperatriz Eudocia, siglo XI), se lo tiene por nativo de Lico, "nomo" de Licópolis, Egipto, donde vino al mundo en 204-5 d. C., bajo el régimen de Septimio Severo. Murió hacia el año de 270.

2. Comenzó su educación en Lico, según toda probabilidad. Luego, en Alejandría, a los veintiocho años, frecuentó a algunos maestros que no lograron satisfacerlo: y al fin, por consejo de un amigo, se acercó a Amonio Saccas, que encendió su vocación y de quien fue discípulo algo más de diez años.

Pero Plotino, cediendo a la fascinación general, quiso un día conocer de cerca el misterioso Oriente, ver y oír a los magos, tal vez a los brahmanes, y se alistó en la expedición militar que el emperador

Gordiano, preparaba contra Sapor, el rey de Persia. Gordiano murió asesinado por sus generales a orillas del Éufrates. El joven filósofo pudo escapar en medio de la confusión reinante, para refugiarse en Antioquía.

Al siguiente año, 224 d. c., Plotino se traslada a Roma, donde su éxito fue inmediato y donde había de permanecer hasta su muerte. No querría rivalizar, en Egipto, con su maestro Amonio, si éste aún vivía. Tampoco deseaba seguramente encontrarse con el Diádoco de Atenas, jefe del platonismo conservador. En la capital del Imperio pronto lo rodearon discípulos de calidad, comenzando por el emperador Galiano y Salonina su esposa.

Considerando su valimiento, se atrevió entonces a intentar una segunda aventura, que esta vez recuerda los sueños políticos de Platón junto a los tiranos de Siracusa. Se le ocurrió pedir permiso para fundar, en un desierto de Campania, la nueva ciudad de Platonópolis, según las normas de la *República*. La región era malsana y, por suerte, el emperador negó su consentimiento. El proyecto, aunque algo descabellado, prueba que el místico Plotino tampoco carecía de anhelos sociales y guardaba en el corazón una utopía como tantas que en el mundo han sido: por ejemplo, las Fundaciones de Don Vasco; el Imperio Jesuítico del Paraguay; la Constitución Fundamental de la Carolina del Norte (siglo XVII), derivada de John Locke; el experimento de Pennsylvania, inspirado en la *Oceana* de Harrington, etcétera.

Se asegura que la negativa del emperador fue efecto de intrigas y envidias cortesanas, obra de los "malos mestureros" como decía el Cid. En efecto, se acusaba a Plotino —por celos de su favor sin duda— de interceder siempre en ayuda de los cristianos, aunque ya hemos visto que no tenían ninguna afición especial para su secta y aun se asegura que la alude al quejarse del "fraude que se está adueñando del mundo".

3. Entre los más allegados discípulos de Plotino figura Amelio, que antes había estudiado en Atenas y profesaba especial admiración a Numenio. Para disipar la leyenda, difundida entre los estudiantes atenienses, de que Plotino —según antes se ha dicho— era un mero imitador de Numenio, Amelio escribió una refutación en forma de carta dirigida a Longino, antiguo condiscípulo de Plotino en las aulas de Amonio Saccas, donde replicaba las diferencias entre uno y otro maestro. Amelio fue, además, el primer editor de las conferencias de Longino, y escribió también algún comentario sobre Platón, verboso y retórico. Pero no siempre sería así, cuando Plotino lo encargó de persuadir a Porfirio sobre cierto importante extremo de la doctrina neoplatónica. Tras una amistosa controversia, Porfirio cedió y abandonó su anterior creencia en un mundo espiritual independiente del espíritu que lo conoce.

Tendría Porfirio unos treinta años cuando ingresó en la escuela que Plotino había abierto en Roma. Éste andaba ya por los sesenta. Porfirio, a diferencia de su maestro, era escritor fecundo. El exceso de trabajo lo llevó a un extremo de abatimiento que lo hizo pensar en el suicidio. Plotino acudió a acosarlo y le aconsejó unas vacaciones en Sicilia. El remedio produjo efecto, pero impidió que Porfirio acompañara los últimos días de Plotino.

Otros miembros menos eminentes de aquella escuela fueron los médicos Paulino, Eustoquio y Zeto, el poeta y crítico Zótico, Castricio Firmo, Serapión y otros senadores, entre ellos aquel Rogaciano que renunció a las mundanidades para encerrarse en la austeridad filosófica. Tampoco faltaban algunas damas: Plotino, desde luego, hospedaba en su casa a Gémina.

4. El maestro, en sus enseñanzas, usaba de todos los grandes filósofos, aunque daba preferencia y hacía estudiar sobre todo a los platónicos. Sostenía correspondencia con Atenas y otros centros, para mantenerse al día y para discutir puntos de doctrina. Los discípulos eran invitados a escribir tesis contra la astrología, sobre la magia, los errores gnósticos, etc. Pero Plotino, como buen griego, dejaba tiempo a las aficiones privadas y a la meditación. Por su parte, aunque sólo como espectador y oyente, era aficionado al arte, a la música. Tutoreaba a algunos huérfanos de buenas familias. A menudo se solicitaban sus servicios como árbitro en las disputas. No tenía enemigos, salvo algunos colegas opacados por su presencia.

5. Durante muchos años se consagró a las exposiciones orales, y aceptaba las interrupciones que sin remedio cortaban el hilo de sus discursos. Por eso dice Porfirio que él lo incitó a escribir y a poner orden en sus tesis. Aun se asegura que había hecho trato con Erenio y Orígenes para que éstos no publicaran la doctrina de Amonio, que era base de sus lecciones. La verdad es que Plotino empezó a escribir entre los cincuenta y los sesenta, tal vez antes de la invitación de Porfirio, y aun tenía ya redactada buena parte de las *Enéadas*. Pero era difícil leer y copiar aquellos "originales". Plotino tenía una escritura deplorable, la vista débil, escribió de prisa y de mala gana, sin cuidar la composición ni el estilo, sin corregir nunca. Si sus charlas eran diáfanas y agradables, sus manuscritos —dice Eunapio— resultaban de una concisión enigmática. El encanto de su obra no está en la forma, sino en la sublimidad de los pensa-

mientos. De aquí, a poco que los críticos y comentaristas se descuiden, mil contradicciones y hasta dislates que hacen difícil de transitar este puente entre el paganismo y el cristianismo. Perdonemos, pues, a Porfirio, si no salió tan airoso como Andrónico en sus ediciones de Aristóteles, modelo que pretendía imitar. Porfirio, desde luego, dividió arbitrariamente la obra en seis libros, cada uno de nueve capítulos (de donde el nombre de *Enéadas* o *Novenas*), sin duda por misteriosas razones de numerología pitagórica, y sin atender a la verdadera unidad de los asuntos.

6. En el grupo de Plotino, el cuidado por la pureza de la conducta parece haber sido mayor que la disciplina intelectual. A Plotino le importaba, sobre todo, conducir a sus discípulos hasta la sabiduría. Su vida, sin extremos inútiles de ascetismo, era ejemplo de sencillez, y su persona respiraba simpatía y buen acogimiento.

Nunca se dejó retratar. "¿No basta —dijo a Amelio— que la naturaleza me haga soportar esta falsa envoltura, y todavía encima he de permitir que se perpetúe la imagen de una imagen, como si valiera la pena?" Pero los discípulos se las arreglaron para que un hábil pintor lo observara, con pretexto de seguir sus lecciones y, ayudado por el mismo Amelio, trazara después la efigie del maestro. Dicen que su rostro reflejaba la dulzura de su carácter.

Era hermoso, atractivo, paciente en las explicaciones, algo nervioso y tímido, no siempre resuelto a desplegar toda su originalidad sacudiendo el peso de las autoridades a que se remitía con respeto. Nada engreído, nunca se dio por inspirado ni mensajero celeste, aunque confesaba que varias veces había creído llegar a la visión trascendente (unas cuatro veces en los últimos seis años, dice Porfirio): estado difícil de alcanzar, que se presentaba por excepción, no podía solicitarse voluntariamente, y aun ahuyentaba al pobre mortal, de modo que el alma parecía retroceder temerosamente ante el éxtasis.

Plotino es un pensador serio, sin aquellas teatralidades que empañan, por ejemplo, el genio de un Empédocles. Se ha dicho que en Plotino no hay asomos de emoción enfermiza. Sin duda que la sola operación racional no le parecía suficiente para llegar a Dios, pero sí la consideraba como una preparación indispensable. Tras el lúcido análisis de la inteligencia, sólo quedaba abrir la ventana y esperar la Visitación.

7. De tiempo atrás, Plotino venía padeciendo alguna dolencia digestiva. Rechazaba los remedios, que le parecían poco filosóficos. Al fin tuvo que retirarse a su casa de campo, en Minturno, cerca de Roma. Se agravó la crisis cuando sus más cercanos amigos estaban ausentes: Amelio, en Siria; Porfirio, en Sicilia; Castricio, en Roma. Su médico Eustoquio apenas llegó a tiempo para oírle decir: "Te esperaba, antes que la parte divina de mi ser se reintegre al Dios universal." Tenía entonces sesenta y seis años.

2. Doctrina de Plotino

8. Puesto a interpretar a Platón, como el que pide impulso ajeno para remontarse después por cuenta propia, Plotino refleja necesariamente su índole y las condiciones de su época y su ambiente. Le atraen sobre todo los aspectos místicos y religiosos de su lejano maestro: las alegorías y los mitos que aquél nunca pretendió proponer al pie de la letra, sino como explicaciones metafóricas; y, en general, Plotino se deja llevar por el Platón más pintoresco, el menos riguroso y científico; ya sea el sol del Bien que todo lo vivifica y lo ilumina; ya el drama teológico de la creación, en el *Timeo*; o la caída y reencarnación del alma y su posible escapatoria al ciclo de los renacimientos; la oposición entre espíritu y carne; la salvación o fuga estática del espíritu.

9. El judaísmo y el cristianismo enseñan igualmente que Dios baja de su gloria y se mezclaba con los hombres: allá, para hablarles sin ser visto, como en aquella voz que viene de todas partes y de ninguna y pronuncia de repente el nombre de Abraham; acá, revestido en la apariencia humana de Jesucristo para padecer la vida terrestre. Esta intervención de Dios en la historia parecía pueril a los pensadores paganos, y ya los sacerdotes egipcios habían dado una lección de modestia a Hecateo, cuando éste, en el siglo V a. C., se decía nieto de dioses. Los filósofos griegos, antes que admitir el dios histórico y episódico, preferían transformar sus propios mitos tradicionales en alegorías más o menos violentas. Si la humanidad aspira al contacto divino, añaden ahora los últimos autores paganos, es la humanidad quien debe subir, y no Dios quien debe descender. Pero, ¿acaso Dios no se ha rebajado ya en el hecho mismo de la Creación? No, en todo caso, a la manera como lo supone el relato bíblico.

Aristóteles propone un Dios ajeno y frío, cuya perfección se empañaría con sólo ver a sus criaturas. Tampoco es ésta la postura que adoptará Plotino. Para él Dios no "crea" el mundo, en el concepto recibido de la palabra. El mundo deriva de Dios más por plétora que por designio, y mediante el eterno juego de las emanaciones. El ideal de los destinos humanos consistirá, pues, en escalar el camino

por donde estas ondas se han volcado, ya mediante los pasos graduales de la disciplina y el estudio, ya —en la última instancia de este viaje preparatorio— mediante un súbito rapto que es el éxtasis. Mientras para Platón y Aristóteles el fin supremo de la filosofía es, de modo general y sumario, el conocimiento metódico, para el neoplatonismo tal fin supremo está en el vuelo del alma hacia Dios. Los intereses religiosos ocupan el primer plano. Las ciencias políticas y las naturales pierden utilidad y sentido.

10. En la "estructura inteligible del universo" que Plotino se ha comprometido a edificar, los resortes maestros son la emanación o *próodos*, la *epistropheé*, el amor y el éxtasis.

a) La idea de la emanación o *próodos* acaso proceda, tanto por lo menos como de las casuales metáforas platónicas, de aquellas religiones solares de Caldea y de Persia, cuya quemadura ya Plotino había sentido en su juventud, cuando se alistó en la recluta de Gordiano. Pero ya el sol y la luz solar de Plotino son meras figuras de dicción, y no expresiones de una tosca adoración naturalista. La luz emana del sol y, sin que éste sufra menoscabo, lleva a todas partes su vivificante caricia. Pues bien, este sol del mundo inteligible que viene a ser el Ente Supremo, también, mediante un acto de plenitud que en modo alguno lo menoscaba, derrama el ser sobre el universo en varias etapas graduales aunque no sucesivas, sino simultáneas. La filosofía de Platón dejaba un abismo entre el espíritu y la materia. Plotino intentará llenarlo.

b) La *epistropheé* es un correlato del *próodos*. Imaginemos que la luz solar, al desprenderse del sol, se percatase de que ha dejado de ser el sol. Aunque el sol nada haya padecido en el trance, la luz solar ha decaído un grado de su dignidad y, si le atribuimos conciencia aunque sólo sea para explicarnos, diremos que la luz solar suspira hacia el sol de que ha brotado. Así, en cada uno de los pisos o niveles del universo que pronto vamos a explicar, lo emanado padece una suerte de nostalgia por el bien perdido y lucha por acercarse lo más posible a la fuente de que procede. Este retorno o vuelta atrás no es aquí un yerro, como en el caso de la mujer de Lot que, en pausa de delectación morosa, se detiene a contemplar un pasado caduco, sino que es lo contrario: es una contemplación anhelosa de lo más excelso. Y en ello consiste la *epistropheé*, una manera de retorno.

En la "evolución" a la moderna, el consecuente importa más que el antecedente. En la "emanación" plotiniana, el antecedente importa más que el consecuente. La emanación es un egreso; la *epistropheé*, un regreso.

c) Relacionado con los conceptos anteriores, fuego interno de la *epistropheé*, el amor no ha de entenderse como un apetito, sino que corresponde ya cabalmente a aquel "amor intelectual de Dios" que dirá Spinoza: amor de inteligencia, inteligencia de amor, llama de puro espíritu, afán de llegar a la realidad absoluta, voluntad de superación. El amor no cae del cielo a la tierra, antes sube de la tierra al cielo, recorriendo la escala creciente de la realidad y movido por una aspiración hacia arriba, en busca de lo absoluto.

d) Si en la cima está lo absoluto, ¿dónde, para el hombre, está la mayor cercanía posible a lo absoluto? ¿Dónde el punto en que la distinción entre sujeto y objeto —para de una vez bajar hasta las consecuencias lógicas del sistema— es todavía una línea y no es ya una cicatriz? Aquí aparece el éxtasis. El éxtasis confunde nuevamente en uno todos los términos, deja inútil el pensamiento y hace actual, de una sola vez, lo sucesivo en el tiempo —ahora, ayer y mañana—, lo ausente y presente en el espacio. Sujeto y objeto se han acercado así cuanto pueden, y San Juan de la Cruz exclama: "¡Amada en el amado transformada!"*

Perfeccionarse es encaminarse a la unidad primera, de que todo proviene. Los estoicos no erraban al apreciar el grado de realidad según el grado de unión entre las partes del ser, desde el montón de piedras —efecto de una mera yuxtaposición— hasta el ente vivo, donde cada miembro obedece a la tensión única del alma. Y bien, la unificación puede todavía ir más allá del ser vivo, y salvar las vallas de lo sensible. Toda unificación relativa supone una unificación de orden superior. En el más allá palpita la posibilidad del éxtasis.

Ha dicho un contemporáneo que la mística profundiza y la filosofía "superficializa". Ésta expresa y expone los tesoros que halla en sus buceos, y los comunica con gustoso altruismo. Aquélla, en cambio, sale de sus fondos submarinos con un balbuceo indiscernible y nos declara que no es posible reducir a explicación racional lo que ha descubierto. Quien no haya probado el éxtasis, no pregunte, pues, a Plotino qué nos ofrece cuando nos ofrece el contacto con la verdadera verdad. Él pretendía haberlo probado, y nunca mostró sus hallazgos: nos muestra el camino y nos invita, eso es todo.

Explicados ya los principales lazos dinámicos que amarran el universo de Plotino, veamos cuáles son los pilares que lo sustentan. Pero acaso la palabra "pilares" sea poco apropiada, por estática. El universo de Plotino sólo tiene un pilar en lo alto y el resto es como una cascada de realidades, que baja bañando y colmando lechos cada vez más alejados. Es una relojería en marcha que nada puede

* "Noche oscura del alma", lira V, vers. 25.

detener, sino el último tope donde ya la última realidad se enfanga de no realidad.

11. Plotino ha aprendido en Platón aquel concepto de la realidad que, a su vez, Platón abrevó en los eléatas: —Sólo puede realmente *ser* aquello que, en la cabal acepción de las palabras, es increado, indestructible, inmutable, inmóvil, indivisible, inextenso, unívoco en la calidad, singular en la esencia, exento de variabilidad, multiplicidad o alteración alguna.

De aquí que, para Plotino, sólo haya una realidad o ser verdadero, un Ser Supremo que es lo uno, el cual cumple a la perfección los requerimientos descritos. Lo Uno es trascendente, está más allá del universo, fuera de la existencia, muy arriba del pensamiento humano. No es posible definirlo ni calificarlo: no cabe en el lenguaje. Todo predicado que se le atribuya lo limita y lo niega. De él, por emanación, y no por volición creadora, procede una cadena de sub-realidades, subordinadas unas a otras. Lo Uno es el Dios de Platón. Inge explica: "Si los griegos hubieran contado con un signo para el 'cero', y si este signo hubiese sido el círculo místico, posible es que los pitagóricos y Plotino se hubieran adelantado a Juan Escoto Erígena y hubieran llamado *nihil* a lo absoluto. Plotino declara que lo Uno es la negación de todo número." Y si *nihil* se confunde con el Ser Supremo o Absoluto, pasamos al enigma a Hegel y demás teóricos de la nada. Lo Uno es la Nada Superesencial.

12. Según se comienza a descender desde lo Uno hasta las últimas cosas materiales —el plano de la extensión es el más abyecto— la primer emanación, el primer peldaño es el *nóus*, la Razón Divina o Inteligencia, en quien residen las Ideas o Formas platónicas. Acaso sea el Dios de Aristóteles. Pero adviértase que lo Uno es anterior a las Ideas y es causa de ellas, por donde nos desviamos un tanto de Platón. Además, Plotino afirma que las Ideas no sólo corresponden a géneros y clases, sino que también hay Ideas particulares. Hay tantas Ideas en el contenido de la Inteligencia divina como hay entidades individuales. Por qué o cómo haya acontecido esta primera emanación en que el *nóus* brota de lo Uno es un misterio cuya explicación no intenta Plotino o sólo la señala figuradamente como un desborde.

13. El segundo peldaño o emanación desprendida a su vez de la inteligencia es el Alma, un Alma universal y no las almas particulares que ella cubre con su manto y de que luego trataremos. El alma es causada por el impulso de las Ideas, que quieren ejecutarse o actualizarse. Así como la Inteligencia era semejante aunque inferior a Dios, así esta Alma es semejante aunque inferior a la Inteligencia. Es la causa Primera de los estoicos, o algo que mucho se le parece. Cuando ella, en *epistropheé*, contempla, hacia arriba, las Ideas de que brota, podemos llamarla el Alma del Mundo; cuando más bien se asoma hacia abajo, llamémosla la Naturaleza. Ella da origen a su vez al mundo de los cuerpos. Pues el Alma es intermedia entre las Ideas y los Fenómenos.

14. Henos, pues, ante las tres hipóstasis de Plotino —lo Uno, la Inteligencia y el Alma—, prefiguración de la "Santísima Trinidad". Esta teoría de las hipóstasis ha sido erróneamente asimilada a la teoría de los mediadores expuesta por Filón Hebreo. El mediador, Verbo que premia o que castiga, se adelanta solícito a nuestras necesidades y sólo se ocupa en el bien humano. La hipóstasis de Plotino no tienen voluntad de bien ni intentan salvar a los hombres. Allá, la devoción semítica del judío de Alejandría; acá, el intelectualismo helénico del "místico de la Razón". Por un instante, al menos, parece que Filón se ha acercado más a la sentimentalidad cristiana. En Plotino, como alguna vez se ha explicado, cada hipóstasis no es más que una contracción respecto a la más baja, una unificación cada vez más alta del mundo, hasta llegar a la unidad absoluta. La visión de las tres hipóstasis, en el concepto de Plotino coloreado por Dante, bien puede figurarse así: al centro, una llama quieta y blanca, cegadora, tan ardiente que los ojos mismos de la Razón no pueden resistirla; en torno, dos círculos concéntricos que ostentan los tintes del arcoíris: el interior, inmóvil; el exterior, girando en cambiantes destellos de pensamientos y de vida.

15. Pero el desborde, necesidad cósmica incontenible, sigue su marcha. El poder formativo del Alma requiere un objeto para su ejercicio. En este punto, y como armazón de los fenómenos o cañamazo donde tejerlos, el Alma da origen a la Materia, última emanación, cosa indescriptible por carecer en sí de carácter o cualidad. Al decir "materia", no pensamos en la sustancia definida, consistente, que habíamos conocido, por ejemplo, en Demócrito; no en esta materia que palpamos. La Materia de Plotino se parece más a aquella de que nos habla el *Timeo*, y mucho más a la "materia prima" de que nos habla Aristóteles. Es completa ausencia de forma, es vaciedad e impotencia, masa amorfa de cera donde el Alma, labrando según el modelo de las Ideas que tiene a la vista, impondrá su sello. Así, los ojos en las ideas etéreas y las manos en la primitiva masa material, trabaja al escultor de esta Naturaleza que por todas partes nos envuelve. La Materia de los neoplatónicos carece de contorno y aun de extensión, y es una corporeidad inmaterial, valga la paradoja.

Este substrato inmaterial es ya el principio de lo corpóreo, lo corpóreo como todos creemos entenderlo, y hace que los cuerpos sean lo que son, al ordenarse en fenómenos que apuntan sobre los sentidos. La materia es el *principium individuationis.* Los cuerpos, las cosas en la acepción más grosera e inmediata —cera ya cuajada y limitada en los moldes—, son maridaje de materia y de forma, de irrealidad y realidad. Su capacidad y extensión les es dada por la materia madre. Su esencia o verdadero ser reside en la Forma o Idea de que son parodia. Toda belleza, bondad, regularidad o mérito de los fenómenos deben su ser al Alma del Mundo. Toda fealdad, vileza, sordidez y dolor proceden de la impotencia y flaqueza entitiva de la Materia. Pues si, en el *Parménides,* Platón se pregunta si puede o no haber Ideas de lo negativo, lo malo y lo repelente, Plotino audazmente rechaza la posibilidad de que existan tales Ideas. Esas condiciones, a su ver, no tienen Ideas que las respalden, son billetes sin resguardo metálico, carecen de positiva existencia, no son más que privaciones o ausencias del Ser, desgarrones en la tela de la Naturaleza.

16. Y esto nos enfrenta con el problema del mal. El bueno, como el varón estoico, niega el mal, desoye el sufrimiento, no da crédito a la zona negativa del mundo. Cuando Plotino habla del mal en términos generales, simplemente lo considera como ausencia del Ser; cuando habla del mal en términos morales, tiende a concederle una presencia. La contradicción es sólo aparente y se reduce a un engaño de las palabras. En la metáfora de la luz solar que ilumina todo su sistema, la luz "decrece" al alejarnos del foco; pero también podemos decir que la sombra "aumenta": En los últimos extremos de la realidad, por donde discurren nuestras vidas, ¿qué mucho si la luz llega desvaída e intermitente?

Pero hay más: esta deficiencia del Ser es también indispensable en la economía del universo: 1) Porque sin la sombra no habría luz, y el cambio de sombra y de luz da relieve y sentido a la percepción del mundo, orienta y hasta embellece la conducta; 2) porque, aceptada la teoría de las reencarnaciones y supuesto que el mal cae hoy sobre la vida del que ayer hizo el mal, resulta más noble un universo donde hay sanciones que un universo donde todo fuera "vida y dulzura" para el malo como para el bueno. Y véase por dónde escuchamos el último eco de la noción trágica —manifiesta en el teatro antiguo—, según la cual el castigo acaba siempre por ejecutarse para restablecer el equilibrio del mundo: ya no en el paso de una a otra generación, sino ahora en el paso de una a otra reencarnación. En cuanto al hecho de que cada existencia olvida las existencias anteriores bien podemos entenderlo como un rasgo de la piedad cósmica (aunque Plotino hubiera preferido extenderlo conforme a un motivo puramente intelectual): no tenemos que habérnoslas con la responsabilidad total y acumulada a lo largo de varios siglos, sino tan sólo con los problemas a la vista: lo que, en la sentencia cartesiana, divide la dificultad en partes; lo que, sentimentalmente hablando, abrevia el dolor.

17. Aplicando el concepto que ya dejamos definido, Plotino niega realidad suficiente al mundo sensible. De paso, argumenta largamente contra el materialismo de epicúreos y estoicos. Advierte que los átomos o los cuerpos, tales como los conciben estas escuelas, son inertes, así como desprovistos de pensamiento, y no pueden consiguientemente explicar por sí solos la vida, la sensación, las cogitaciones y los valores morales. De modo que mal podría el Alma ser propiedad de la Materia, ni, desde luego, una armonía entre elementos materiales, como lo pensaron los pitagóricos: ni tampoco la entelequia o realización de las posibilidades latentes en el cuerpo, según lo afirmaba Aristóteles. Pues es precisamente el Alma quien opera la armonía y determina la plenitud de las capacidades y los elementos corpóreos. Al Alma debe la Materia cuantas características posee en punto a organización y vida y movimiento. De suerte que es el Alma quien hace posible la existencia del cuerpo, y no al contrario.

De modo que la ciencia física, atenta sólo al mundo sensible, busca la verdad donde no se halla. Sólo volviendo la mirada hacia arriba, hacia el mundo del pensamiento, y tratando de penetrar en él, podremos descubrir la esencia del universo. La naturaleza del mundo no está hecha para soportar la empresa científica.

18. ¿Cuál es el sitio del hombre en esta estructura del universo? El hombre es unión de alma y cuerpo. La onda descendente de las almas particulares es una emanación del Alma del Mundo. Las almas humanas, individualizadas en los cuerpos, anhelan hacia el reino de las Ideas. Pero también sienten el deseo de mejorar la materia, y así sucede que caigan en la cárcel del cuerpo. El hombre queda sometido a dos impulsos encontrados, las necesidades inherentes a los procesos físicos, por el cuerpo, y por el alma, la libertad del pensamiento.

Al nacer los cuerpos humanos, las almas dejan su mansión para incorporarse en los hombres. Las almas pueblan las avenidas celestes; poseen, en diverso grado, la facultad racional, sensitiva y vegetativa, de que resultará su carácter. Descienden, pues, las almas y acontece la encarnación. Entonces podrá suceder que el alma gobierne al

cuerpo, conservando el gusto de las especies celestiales, el rumbo de su fuente primera, y anhelando hacia las Ideas. O bien podrá acontecer que dominen los impulsos del cuerpo y el hombre se incline a la animalidad. El alma, en vez de mirar hacia arriba, mira entonces hacia abajo y, atraída por su propia imagen como Narciso, se ahoga en ella. Aquí el descenso de un alma se resuelve en una caída, y el pecado hace su entrada en el mundo. El pianista deja de ver la partitura para verse las manos, y al punto se equivoca.

Y no acontece por capricho, pues la libertad de determinación, como en los epicúreos, está proscrita del universo de Plotino: acontece por libertad de autodeterminación, porque no podría ser de otro modo, a menos que se quebrantase la perfección del edificio, al impedirse en alguna medida que cada naturaleza se realice.

De modo que la disyuntiva de las almas tiene un brazo, el Bien, que lleva a Dios; y otro, el Mal, que encierra a las almas en la rueda de las reencarnaciones. A cada uno de los Grandes Años, más o menos cada diez siglos, acontece otra reencarnación, suerte de Purgatorio terrestre. Hasta que, escarmentadas, depuradas, gastados ya sus apetitos, pulidas las aristas, las almas se hallan aptas para regresar a su fuente: desarrollo de las ideas órficas ya familiares a Platón.

La reencarnación corresponde a la conducta anterior. Los buenos del tipo medio vuelven a ser hombres, a fin de acabar su pulimento; también los perversos, para padecer lo que antaño hicieron al prójimo, como lo hemos dicho. Los ricos ladrones serán pobres. Los asesinos serán asesinados. Los sensuales se convertirán en bestias. Los estúpidos, los que simplemente "vegetaron", en plantas. Las almas estéticas, en aves canoras. Los buenos tiranos, en águilas, los reformadores sociales poco afortunados, en abejas. Los sublimes filósofos, en aves de muy alto vuelo. Es lástima no haberle visto la cara a Plotino cuando escribía estas cosas. Siempre hemos sospechado que sonreía.

En la alternativa del Bien, el alma se escapa del cuerpo, no mediante el suicidio —pues entonces, simplemente, pasaría a habitar otro cuerpo—, sino mediante las andaderas, o más bien las alas de la meditación y el estudio. Se adueña del alma el afán de parecerse a Dios. La filosofía, el camino más corto, enseña o siquiera estimula a transportarse por encima de la materia para alcanzar la visión directa, donde hasta se olvida el pensar.

El alma adquiere, pues, una impregnación sucesiva en todos los paisajes metafísicos que atraviesa: 1) mundo sensible: *a)* en la pasividad del placer, *b)* en el ejercicio de las virtudes sociales; 2) mundo de la reflexión y el recogimiento racional, nivel medio en que el alma es dueña de sí; 3) ascenso al nivel intelectual, esencias finales y datos intuitivos; 4) éxtasis o contacto con el Primer Principio.

19. Tales son los rasgos principales de la filosofía neoplatónica en Plotino, su fundador. Para que mejor se aprecie su manera de discurrir, daremos sólo dos ejemplos sobre puntos especiales de interés singular:

a) Uno se refiere a la segunda hipóstasis, o Inteligencia o Razón Divina, y es el punto que desconcertaba a Porfirio, antes de su incorporación en la secta neoplatónica. La Inteligencia es aquello que conoce al Ser. Entre el Ser o inteligible y la Inteligencia existe, pues, una distinción. El Ser es propuesto como la realidad en acto, y luego viene la Inteligencia, cuyas virtualidades se actualizan en aprehender el Ser. Así, al menos, en el platonismo tradicional, donde se pone lo inteligible antes de la inteligencia que lo deglute (*Timeo*). El Demiurgo de Platón parece contemplar fuera de sí mismo y por encima de sí mismo los modelos ideales para configurar las cosas. Plotino, en cambio, se aleja de esta tradición. Ciertamente, se conserva fiel a su maestro cuando pone sobre la Inteligencia una realidad superior en que ella se inspira. Pero esta realidad, lo Uno, no es lo inteligible. Como fuere, la postura de Plotino está ya insinuada en Platón. Pues si el *Timeo* subordina la inteligencia a los moldes ideales extraños, en cambio la *República* hace del Bien el principio común del conociente y lo conocido, como el sol es el principio común de las cosas visibles y de la sensación visual. Y ya Aristóteles funde francamente la Inteligencia y lo inteligible en aquel su Dios cuya única función consiste en pensarse a sí mismo. Pues bien, de parejo modo, en Plotino, la Inteligencia y lo inteligible, el conociente y lo conocido, aparecen juntos y en el mismo nivel. Lo contrario sería levantar todas las dificultades con que tropezaron los postaristotélicos al tratar la teoría del conocimiento. Si lo inteligible está fuera de la Inteligencia, habrá que admitir una Inteligencia sin intelección actual, donde vienen a precipitar los inteligibles como las impresiones precipitan sobre los sentidos. La Inteligencia sería, pues, imperfecta, incapaz de adueñarse eternamente de su objeto, que sólo le llegaría por imagen. Así pues, la *Inteligencia*, segunda hipóstasis, debe sacarse del seno toda la riqueza del mundo inteligible. Y Porfirio se declaró convencido.

b) El otro ejemplo se refiere a la naturaleza o condición de las almas humanas, digamos del alma con minúscula. El desprendimiento del Alma, al emanar de la Inteligencia o Razón Divina, acontece a la vez de un modo general en el Alma del Mundo, y de un modo particular en las almas humanas. Si la Inteligencia surge de lo Uno

como sistema unificado y regular entre las múltiples formas o Ideas, así el Alma emerge de la Inteligencia como un algo anímico y singular que todo lo abarca y unifica, y que contiene en sí las almas particulares de los seres.

El Alma del Mundo —inmaterial, indestructible y no cuantitativa— aparece, pues, diversificada en multitud de almas individuales y, por eso mismo, repartida en una muchedumbre de cuerpos. De modo que, siendo una en muchas, dista de aquella pura y simple unidad a la que corresponde el concepto de la realidad absoluta. Las actividades psíquicas de las almas, en vez de contemplar de frente lo real, se nos presentan empeñadas en fabricarse laboriosamente una imagen de lo real. Pues ellas están siempre juntando datos sensoriales y acomodando los trozos del rompecabezas en la figura conjunta de las Formas o Leyes, a que estos datos sirven de ejemplo y aplicación. Dejando aparte el hecho de que la conciencia de las almas particulares está llena de percepciones sensoriales y de sentimientos irracionales que le suben del cuerpo —su constante vecindad y mala compañía—, sus procesos de abstracción son todos, técnicamente hablando, discursivos y sintéticos, ocupados en demasiadas cosas, en plantearse problemas múltiples y en obtener múltiples soluciones. Lo más que el alma acierta a hacer es transformar una desordenada e incoherente muchedumbre en una multiplicidad ordenada y coherente, como la que hallaba Platón en el mundo de las Ideas.

Ahora bien, con la aparición del alma entra en escena un nuevo e importante elemento. En el engendramiento de la Inteligencia por lo Uno, y del Alma del Mundo por la Inteligencia, no ha habido sucesión temporal. Como las personas de la Trinidad Cristiana, "ninguna fue antes y ninguna ha sido después". Las tres hipóstasis son co-eternas. Pero ya la operación particular de las almas acontece en el tiempo. El alma del hombre piensa las cosas una tras otra, percibe uno tras otro los hechos y mantiene sus funciones vitales en suerte de proceso o marcha. El tiempo, dice Plotino, es la imagen moviente de la eternidad. El tiempo es para el alma del hombre lo que la eternidad es para la Inteligencia. Y luego, Plotino entra en consideraciones que hoy sentimos la tentación de confrontar con la "durada real" de Bergson. Pues Plotino piensa que el tiempo no puede abstraerse de la moción, ni ser propuesta aparte de ella como medida del movimiento según lo mantuvo Aristóteles. Es más bien inseparable del proceso sintético y discursivo, del fluir del alma, de su constante transitar entre una cosa y otra cosa. Si el alma lograse identificarse con la Inteligencia en su acción contemplativa y verlo todo en un relámpago, entonces el tiempo quedaría anulado.

Plotino insiste tanto en la unidad del Alma del Mundo como en la multiplicidad y variedad de las almas individuales. Éstas, explica, tienen por fuerza que ser distintas y separadas —aunque referidas todas a su común denominador—, pues, de otro modo, cada uno de nosotros experimentaría en sí las experiencias de los demás, sus sensaciones, deseos, pensamientos, y, en consecuencia, cuanto sucediese en todos los puntos del universo.

Estos dos ejemplos, escogidos entre muchos otros posibles, pueden darnos idea de la marcha discursiva con que la mente de Plotino adelanta por su universo de nociones, abriéndose paso con una paciencia sólo comparable a la probidad y apego con que acoge, acaricia y exprime cada uno de sus argumentos.

20. Nada de lo aquí expuesto significa que Plotino, aunque convencido de que los ideales terrestres son efímeros y deleznables, pensase que el mundo práctico carece completamente de valor. Al fin y a la postre, el total de las cosas es la suma de las emanaciones divinas, y todas las cosas lucen el sello de la divinidad, aunque en relieve más o menos intenso. Pues hay jerarquías, hay lo más alto y lo más bajo. También en el mundo práctico hay encanto legítimo y hay hermosura, si bien referida siempre al ideal que la rige. Plotino ha dejado páginas imperecederas sobre la belleza. Es, después de Platón y Aristóteles, aunque por camino independiente, uno de los fundadores de la filosofía estética; pero sin salir del reino de lo abstracto y sin querer jamás entrar en las artes particulares, de que no parece aquí acordarse, arrebatado por su espiritualidad. En sus libros no han de buscarse, por eso, enseñanzas técnicas de ningún orden. Lo bello, nos dice, no reside en la simetría ni en condiciones plásticas determinadas, sino en la subordinación de la materia al espíritu. El artista no es un mero imitador de objetos sensibles. Su fin es la representación de las Ideas, de que los objetos son copias imperfectas. Así, se levanta hasta la esfera del Alma Creadora y, alumbrado por sus propias luces, intenta rivalizar con ella. Superado el mundo palpable, se liberta de él y tiende hacia la verdadera patria de su alma.

Esta noción no se encuentra claramente definida antes de Plotino. Es la primer protesta contra esa idea estrecha y falsa que ha dejado su huella en todas las lenguas, pues que todas usan la funesta fórmula: "artes imitativas". Es también el remate de toda la cultura antigua, el punto en que por fin se aísla el concepto de la belleza (ya no en homonimia con el bien), concepto que siempre habían respirado espontáneamente los griegos, sin captarlo derechamente en la teoría, y que al cabo se nos explica aquí como la expresión victoriosa del espíritu en las apariencias sensibles. Y nótese que, cuando Plotino cierra el "arco tremendo de las emanaciones", a la hora final del

éxtasis y cuando el alma humana retorna a su cielo sumo, parece que todo el desfile de las virtudes se le vuelve cosa instrumental y secundaria, que el bien mismo ha sido superado por otra especie más pura y alta, la cual ya no es el bien sino la belleza, y acaba por concebir a Dios en términos de belleza.

21. Pero en Plotino hay también una doctrina puramente religiosa, yuxtapuesta a su filosofía. Adviértase que, a propósito de lo Uno, no llega Plotino a pronunciar el nombre de Dios —aunque nosotros lo empleemos para explicarlo— salvo en un pasaje de dudosa autenticidad. En cambio, habla reiteradamente de los dioses a propósito de los astros o las almas desencarnadas que gobiernan el mundo: nueva interpretación del antiguo politeísmo helénico, que él ha hecho suyo aunque no lo haya inventado. Además, Plotino pone cuidadosamente a una parte la especulación sobre los principios, y a otra los actos del culto —sin excluir, junto a la plegaria, la evocación de las almas, la astrología y la adoración de las efigies—, actos cuya eficacia no procede de que una deidad responda a ellos (¿qué caso han de hacer los astros de la miseria humana?), sino de la simpatía general que liga las cosas existentes. De suerte que el rito, con tal de cumplirse rigurosamente, asume carácter de encantamiento y produce efecto por simpatía.

Realmente, es difícil conciliar esta dignificación de la magia con la sublimidad de su universo inteligible y la deslumbradora grandeza de sus hipóstasis. Cierto: Plotino propone precisamente la filosofía como el mejor medio de conjurar las influencias mágicas que enredan el mundo en un temeroso anillo magnético; pero en esta misma declaración se confiesa envenenado por aquella caliginosa atmósfera de su época.

> La ciencia más remota veía en el alma sólo uno de los muchos otros productos de la naturaleza. Para el neoplatonismo toda la naturaleza sólo es real en la medida en que es alma. Pero al aplicar este principio animista a la interpretación de las cosas singulares y procesos del mundo sensible, se perdía la mesura y claridad de la investigación. En lugar de las conexiones causales, surge la acción misteriosa y plena de ensueño del alma cósmica, el imperio de dioses y demonios, la simpatía espiritual de todas las cosas que se manifiesta en hechos prodigiosos. Todas las formas de la mántica, de la astrología, la creencia en los milagros afluyen a esta concepción de la naturaleza y el hombre parece rodeado de oscuras fuerzas invencibles.*

* Wilhelm Windelband, *Historia de la Filosofía*, traducción de Francisco Larroyo, levemente abreviada.

22. Los neoplatónicos procurarán simplificar sus doctrinas y salir al encuentro del pueblo; de donde la obra de Salustio *Sobre los dioses del mundo*, catecismo de divulgación. Pero ya, sin necesidad de estos esfuerzos, el extraordinario poder que Plotino concede al rito era una actitud grata al pueblo y respondía al deseo general de descansar en la magia y en sus engañosas promesas. Por esta inesperada saliente del platonismo han de deslizarse los discípulos, hasta la completa solidaridad con las religiones paganas, precisamente cuando ya se oían venir los pasos triunfales del cristianismo.

Pero las disidencias con el cristianismo no se limitaban a estos aspectos secundarios del neoplatonismo, sino que procedían de regiones más hondas: el cristianismo entiende la Creación *ex nihilo* como un acto voluntario de la bondad divina. En cambio uno de los dogmas fundamentales de la religión plotinista era la eternidad del mundo, en su orden y manera actuales, como una necesidad cósmica o resultado necesario de la naturaleza de Dios, quien nunca pudo ser ocioso porque hubiera sido imperfecto. Además, admitir la Creación era negar la divinidad de los astros, ¡estorboso juguete!

A comienzos del siglo V d. C., el neoplatonismo acabará por fundirse con la vieja Academia platónica de Atenas, para acompañar los funerales del genio griego. Sus secuaces, que se creían enemigos del cristianismo, transmitirán a los Padres de Occidente, entre otros legados involuntarios, la poesía y el ansia ideal que animaba al autor del *Symposio*.

3. Los herederos de Plotino

23. El manejo de las *realidades sensibles* queda relegado a los taumaturgos y charlatanes que cada vez abundan más. Denunciados ya desde el siglo II d. C. en el *Alejandro* de Luciano, serán objeto de medidas gubernamentales y reiterados edictos contra las supersticiones. Por desgracia estas innobles brujerías han dado en llamarse el "helenismo", por oposición al "cristianismo", y destiñen su descrédito, a los ojos de la opinión, sobre la antigua filosofía. Por su parte, los auténticos filósofos, aunque se reservan para sí el especular sobre las *realidades suprasensibles*, que están por encima de la magia, no dejan de hablar con respeto de los taumaturgos, con lo que más bien favorecen la confusión. Y es que, en efecto, hay una confusión verdadera entre la especulación filosófica y el "laboratorio de Canidia".* Los dogmas del helenismo han venido a ser: 1) La

* "Tant mieux..." (1907), soneto de Rubén Darío que comienza así: "Gloria al laboratorio de Canidia..." (*El Canto Errante*. Madrid, M. Pérez Villavicencio, 1907), por supuesto, basado en Horacio, *Sátiras*, lib. I, VIII, vers. 23-26.